

PARA TÍTULOS PROFESIONALES DE ESPECIALISTAS (CUARTO NIVEL)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo, **CHRISTIAN CRISTOFORO COPPIANO FAJARDO** con Cédula de Identidad No. **091139003-7**, autor del trabajo de graduación intitulado: **“LA PARTICIPACIÓN DE LOS LAICOS EN LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA”**, previa a la obtención del título profesional de **LICENCIADO EN TEOLOGÍA** en la Facultad Eclesiástica de **Ciencias Filosófico-Teológicas**:

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, 11 de septiembre de 2015



Christian Cristoforo Coppiano Fajardo
C.I. 091139003-7

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
ESCUELA DE TEOLOGÍA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO
DE LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

**“LA PARTICIPACIÓN DE LOS LAICOS
EN LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA”**

NOMBRE: CHRISTIAN CRISTOFORO COPPIANO FAJARDO

DIRECTOR: FERNANDO BARREDO S.J.

QUITO, SEPTIMBRE 2015.

Dedicatoria

Gracias Dios por haber comenzado en mí un camino, por haber moldeado al hombre en el que me he convertido, a ti el esfuerzo de este trabajo y la vocación que tú has guiado.

Agradecimiento.

El esfuerzo dedicado de cada trabajo va guiado por personas que se vuelven parte de nuestra historia. Gracias padre Fernando por haber tenido paciencia en la realización de este trabajo, a la secretarias de la Facultad Eclesiástica de Filosofía y Teología. A mi madre Mireya por su apoyo mientras estaba en la formación sacerdotal y a la pena que le causé cuando salí del seminario, a mi tía Lida Coppiano por su ayuda incondicional y por su empuje para terminar la tesis. Por último, quiero agradecer infinitamente la paciencia de mi esposa, Lourdes, mi más grande alegría, que al igual que mi tía me alentaba a terminar este trabajo.

RESUMEN

Abrir la teología a la participación de los laicos implicaría que la Iglesia se nutra de la experiencia de la gran mayoría de sus miembros, dejando de ser una labor exclusiva de los clérigos para convertirse en misión de toda la Iglesia. Eso no significa crear una especie de teología laical independiente, sino más bien, leer la Palabra de Dios desde la comprensión del magisterio de la Iglesia y llevarlo al seno de las realidades familiares, profesionales y desde las diferentes organizaciones laicales.

Cabe señalar que la participación teológica por parte de los laicos seglares, responde al llamado de Cristo hacia ellos también, como parte de la comunidad de creyentes bautizados: “Id también vosotros a mi viña” (Mt. 20,3). Estas palabras las acoge la Exhortación Apostólica Pos-Sinodal “Christifideles Laici” para motivar y alimentar la participación de los Laicos-Seglares en la misión de la Iglesia.

Palabras claves: Apostolado, clero, evangelización, fieles cristianos, Iglesia, laicos, Magisterio de la Iglesia, misión, participación, Pueblo de Dios, reflexión teológica, servicio.

ABSTRACT

Open theology to lay participation imply that the Church is nourished by the experience of those who make up the vast majority of its members, no longer an exclusive work of the clergy to become mission of the whole Church. That does not mean creating a sort of independent lay theology, but rather, read the Word of God from understanding the teaching of the Church and bring it to the bosom of the family, professionals from different realities and lay organizations.

Note that the theological participation by the laity lay responds to the call of Christ to them, as part of the community of baptized believers: "Go ye also into the vineyard." These words were hosting the Post-Synodal Apostolic Exhortation "Christifideles Laity" to motivate and nurture Secular-Lay participation in the mission of the Church.

Keywords: Apostolate, clergy, evangelism, faithful, Church, lay, Magisterium of the Church, mission, participation, People of God, theological reflection, service.

INDICE

Introducción.	1
1. Diversas acepciones de la palabra “Laico”.	4
1.1. Laico como miembro del pueblo de Dios.	6
1.2. Laicos -Seglares como distintos de clérigos y de los laicos consagrados.	9
1.3. El papel de los laicos seglares y su trabajar en el mundo.	14
1.4. Laicismo como oposición a clero.	18
2. Importancia de la Teología en la Iglesia.	21
2.1. La Iglesia nace de la recepción de la Palabra de Dios.	24
2.2. La predicación “oficial” de la Palabra de Dios es tarea principal del “Magisterio de la Iglesia”.	28
2.3. El papel de los teólogos: reflexionar la Palabra de Dios y aplicarla a las diversas situaciones de la vida.	32
2.4. La reflexión teológica alimenta la acción misionera y pastoral de la Iglesia.	36
3. Aporte que pueden dar los laicos-seglares en la Teología.	38
3.1. La Familia cristiana: la primera experiencia de la reflexión teológica.	40
3.2. Participación de los Laicos – Seglares en la catequesis: lugar de encuentro con la reflexión teológica.	43
3.3. La Pastoral laical en la estructura de la Iglesia y en las estructuras del mundo.	45
3.4. Los Laicos-Seglares están llamados, desde sus familias y sus respectivas actividades profesionales, a contribuir al dinamismo de la reflexión teológica.	49
Conclusión.	53
Abreviaturas.	56
Bibliografía.	57

INTRODUCCIÓN

La reflexión teológica es la recepción de la “Buena Noticia”, del Evangelio o la Palabra de Dios, por parte de todos los cristianos, la cual se realiza dentro en un grupo humano y dentro de un contexto histórico social y religioso determinado. Este análisis o reflexión de la Palabra de Dios ha contribuido al enriquecimiento del saber teológico en la Iglesia a través de los siglos, desde la transmisión de los Apóstoles y los discípulos de Jesús hasta el Concilio Vaticano II. Esta reflexión, también nos ha permitido acercarnos a los más diversos ángulos de la Palabra de Dios y captar así diversas facetas de su riqueza.

Esta reflexión de la Palabra de Dios no era muy ajena para los laicos al comienzo de la vida de la Iglesia (Cfr. Hch. 11,19-21; 18,26; Rom., 16,1-16; Fil., 4,3) Con el pasar de los años, casi toda la reflexión teológica se la realizó en ambientes de sacerdotes o de religiosos que, aunque tienen un contacto bastante cercano con la realidad de lo laicos no viven su realidad o las dificultades que ellos afrontan.

De allí que la participación de los laicos en la reflexión de la Palabra de Dios, desde la realidad del matrimonio y de las profesiones civiles, aportaría al saber teológico de la Iglesia, con nuevas orientaciones y nuevas luces. Pero existen situaciones concretas que dificultan esta accionar de analizar la Palabra de Dios con su diario vivir desde la vida laical.

Una de estas dificultades que la escasez de laicos con buena preparación teológica y, en consecuencia, se da poca participación de laicos en la docencia de las Facultades de Teología, sobre todo en Latinoamérica y en manera particular en Ecuador. La gran mayoría de los profesores en las facultades de teología pertenecen al clero, porque ellos necesariamente han estudiado teología. Como carrera profesional no cumple con las expectativas de los laicos, es decir no se la considera como remunerativa, pero es un camino a seguir para los

candidatos al sacerdocio. Pero la proclamación del Misterio de Salvífico de Dios les compete no solo a los sacerdotes, sino a todos los miembros de la Iglesia.

La experiencia de Facultades Católicas de Teología en otras partes del mundo nos muestra que también es posible que la mayor parte de los estudiantes sea laico (especialmente laica) y, por consiguiente, que la mayor parte de los profesores también sean laicos o laicas, Por ejemplo, parte del cuerpo docente de las facultades de teologías de universidades pontificias, como las de Comillas en España, Bolivariana y Javeriana en Colombia, están compuesto por mujeres laicas-seglares, como la Doctora en Teología María del Socorro Vivas Albán, quien estuvo como expositora del Segundo Encuentro de Estudiante de Teología Latinoamericano realizada en la PUCE.

A lo anterior, hay que añadir otra situación, la catequesis parroquial y las reuniones de grupos católicos sean estos formales e informales. Todas ellas son realizadas en su mayoría por Laicos-Seglares que tiene un mediano conocimiento teológico, algunos ha recibido un corto proceso de formación en religión, algunos tan solo se limitan a transmitir los conocimiento que ellos han adquirido en la catequesis que ellos han escuchado.

Por las causas antes mencionadas, es importante que los Laicos-Seglares se involucren en la reflexión teológica. Ahora, para comprender su participación es primordial tratar de definir el uso que se le ha dado al término “laico” a través de los tiempos. De esta manera, se podrá comprender su quehacer como discípulo de Cristo¹ y miembro del Pueblo de Dios. Pero también, se podrá observar que este término está contrapuesto al de “clérigo”, que generalmente se concibe como el que ha sido escogido para las sagradas órdenes, para gobernar la Iglesia (Hervada, 1973, pág. 26).

De igual manera es significativo para este trabajo repasar la importancia de la teología en la Iglesia, ya que es una actividad propia de hombres y mujeres concretos, pero no como una actividad individual o aislada. Es una actividad propia de la Iglesia, pues la Iglesia es la indicada para buscar, comprender, profundizar y exponer, a la luz de la fe, el mensaje del misterio revelado a toda la humanidad de todo los tiempos. “Gracias a la teología

¹ Al principio del cristianismo a todos los que recibían la fe predicada por los Apóstoles se los conocía como discípulos de Cristo. Con el avanzar de la evangelización se los conocerá como con el nombre de cristianos, y en siglos posteriores como católicos.

el ser humano se esfuerza, mediante la reflexión, a la luz de la fe y la razón, en comprender lo que el ser humano cree” (Morales, Introducción a la teología, 1997, pág. 33).

Aunque es evidente la importancia del clero en la predicación y, por consiguiente en la reflexión teológica, se debe considerar la posibilidad de que los miembros de la Iglesia que no pertenecen al clero y que desde su cotidianidad comparte su forma de vida a la luz del evangelio, participen también en la reflexión teológica.

El Pueblo de Dios está llamado a incorporar a toda la humanidad y recoger todas las cualidades, riquezas y costumbre de los pueblos en cuanto son buenas. En virtud de esta catolicidad, todos los miembros de la Iglesia (también los Laicos-Seglares) comparten la misión apostólica de la Iglesia, la ejercitan con su trabajo y se esfuerzan por vincular la Palabra de Dios con la sociedad a la que pertenecen. Solamente la fe y la meditación de la Palabra divina hacen que los Laicos-Seglares sean capaces de expresar realmente en sus vidas su corresponsabilidad en la misión de la Iglesia. De esta manera, los Laicos-Seglares contribuyen a la reflexión teológica desde su experiencia cotidiana a la luz de la Palabra de Dios.

CAPÍTULO I

1. DIVERSAS ACEPCIONES DE “LAICO”.

Cuando se hacen estudios referentes al tema de los laicos en la Iglesia, la primera cuestión que sale a relucir es su definición: ¿Quién es el laico? ¿Qué es ser laico? ¿Es una categoría de los miembros de la Iglesia? ¿Es el término laico una denominación de Estados o de países independientes que no están ligados a una confesión religiosa? ¿Es lo mismo decir laico y laicismo? De esas respuestas dependerá lo que se comprenda por el término laico. De allí los motivos para ahondar en una explicación de esa palabra, desde el punto de vista eclesiológico.

Son varios los autores quienes han realizado trabajos sobre la comprensión del término laico en la Iglesia; entre los que destacan Yves Marie-Joseph Congar, Ignace de la Potterie, Ramiro Pellitero, entre otros. Todos ellos comienzan con la explicación etimológica para comprender la realidad de los laicos en la Iglesia: cuál es su espiritualidad, el papel que desempeñan y su misión en la Iglesia.

La mayoría de los estudios, que han realizado los autores antes mencionados, le atribuye a dos términos griegos la concepción u origen de la palabra “laico”. El primero es “λαός” (laos), que quiere decir “pueblo” y el segundo “λαϊκός” (laicos) el cual hace referencia a los “miembros del pueblo”. Si se considera que el término “λαός” (laos) designa a todo el pueblo cristiano, tenemos que decir que el término “λαϊκός” (laicos) designa a todos los fieles cristianos.

Al principio del cristianismo, sociológicamente hablando, no existían distinciones institucionales entre los miembros de la Iglesia; ya que todos formaban parte de un solo pueblo, y a todos ellos más tarde se los denominaría cristianos. Con el pasar de los tiempos, la

Iglesia comenzó a tomar una postura más organizada entre sus miembros, se comienza a categorizar la palabra “laicos”, la misma que se empleará para definir a un grupo diferenciado de fieles cristianos como miembros de la Iglesia, que no desempeña funciones específicas de culto o gobierno.

Desde el siglo XII, se consideraba que estos fieles debían estar, en todo sentido, sujetos a la autoridad del clero. Esta postura se ha superado y ahora, en estos tiempos, se insiste que tienen la misión de hacer presente el mensaje de Cristo en el mundo, como miembros de la Iglesia, igual que al inicio del cristianismo.

En esta primera parte se tratará de las diferentes acepciones que se le ha dado a la palabra “laico”, miembros de la Iglesia, discípulos de Cristo, Pueblo de Dios, pero, al mismo tiempo hace una referencia que lo diferencia del clérigo. Este ser laico, miembro del Pueblo de Dios, comparten en la Iglesia la misión de anunciar el Reino de los Cielos tomando en cuenta cada una de sus realidad, al interior de su familia, en sus lugares de trabajo, en sus comunidades, etc. (Hervada, 1973, pág. 26).

Dentro de este matiz diferenciado se distinguen los laicos que son seglares, de los laicos que son consagrados. Estos últimos son hombres y mujeres que optan por un estilo de vida al servicio de la Iglesia. Afianzan este compromiso al profesar los consejos evangélicos: obediencia, castidad y pobreza, para seguir los pasos de Jesús. Los laicos consagrados no reciben el sacramento de orden, pero al igual que todos los miembros de la Iglesia cumplen con funciones específicas para hacer realidad el Reino de los Cielos aquí en la Tierra.

Toda esta gama diferenciada de fieles cristianos engloba a toda la gran familia de la Iglesia, y toda esta familia procede de los Laicos, es decir, cada uno de sus integrantes; sean clérigos, religiosos, laicos consagrados o laicos seglares, nacen en la familia de los laicos, y es por su diferente llamado que optan por un servicio; sea hacia la vida secular o la vida consagrada. (Estrada Díaz, 2007, pág. 125)

1.1. Laico como miembro del Pueblo de Dios.²

Casi siempre, cuando se habla de los Laicos en la Iglesia, automáticamente pensamos en la gran mayoría de los cristianos, que por su estado de vida no pertenecen a la jerarquía eclesial, que no tienen acceso a la teología académica formal o que su acceso es muy limitado o nulo, y que tienen una participación limitada en la celebración de la eucaristía. Esa realidad se aleja de la concepción que se tiene de los Laicos.

En su sentido originario, desde la perspectiva eclesial, la palabra laico hace referencia a los miembros del Pueblo de Dios: “Todos los miembros del Pueblo de Dios tienen una nota en común pues todos son discípulos de Cristo, todos siguen una misma doctrina y todos forman una misma Iglesia” (Hervada, 1973, pág. 26). Esta nota común ha dado origen, como es lógico a una denominación común: los “fieles cristianos”.

Cuando el término laico entró en el lenguaje de la Iglesia, su uso no designaba una categoría de fieles, más bien, siempre se lo relacionó con todo el Pueblo de Dios. Por el contrario, el término clérigo, sí implicaba una característica que los “separaba” de los demás, pues ellos ejercen una función específica frente al resto de los fieles cristianos, todo esto en virtud de la gracia de la ordenación sacerdotal, pero también en vista de su pertenecía al Pueblo de Dios .

La Iglesia desde el principio, se ha mostrado como una comunidad de fieles, y los laicos desde siempre han sido parte integral de la Iglesia, como miembro del Pueblo de Dios, y es que justamente a todos los fieles está dirigida la totalidad del mensaje de Cristo, y a todos corresponde anunciar que el Reino de los Cielos está aquí y está presente entre nosotros. (Hervada, 1973, pág. 33).

Todo lo que se predica de la doctrina de Cristo tiene la finalidad de iluminar el quehacer de la humanidad. Por ello, la Iglesia se presenta como sacramento, signo e instrumento de la unión íntima de Dios con todo el género humano, en la cual existen fuertes

² En este apartado se va exponer el uso de la palabra laico en sentido eclesial, ya que se explicará, más adelante, el uso del término laico desde una comprensión civil y política.

vínculos sociales ya que el Pueblo de Dios es una gran familia humana en todas sus realidades (GS, 2).

Y es que la Iglesia es el Pueblo de Dios, es una gran familia de cristianos, teniendo como Padre a Dios, como vida al Espíritu Santo y como hermano a Jesús. Este es el rasgo interno de su esencia, lo común de este pueblo el cual comparte una historia: la acción salvífica de Dios entre los hombres (GS 2).

Por eso hay que entender que tanto en la época apostólica como post apostólica, el término laico designaba un cristiano a carta cabal, como expone Ramiro Pellitero en su libro: La Teología del Laicado en la obra de Yves Congar, en ella hace referencia que el “término laico engloba a todo los cristianos, hombres y mujeres que, desde el nacimiento de la Iglesia, han tratado de asimilar el mensaje evangélico, propagarlo y mantenerlo vivo con el pasar de los tiempos, mientras se dedican a las cosas cotidianas de su vida” (Pellitero, 1996, pág. 53). Los Laicos son todos los cristianos que como vocación general buscan implantar el Reino de Dios en mundo.

Sin embargo, cabe hacerse la pregunta ¿Qué es ser fiel laico en la Iglesia? Se dirá que los laicos son los Christifideles, aquellas personas que incorporadas a Cristo por el bautismo, e integrados al Pueblo de Dios, ejercen la misión de la Iglesia, guiados por el espíritu evangélico santifican al mundo desde adentro, encargándose de todos los asuntos seculares que a ellos les compete, desde el ámbito familiar, profesional y social. (LG 30).

De este grupo de fieles cristianos surgen las vocaciones al servicio de la Iglesia, cuando sienten el deseo o el impulso de hacer más suya la tarea de comunicar el mensaje de Cristo a toda la creación. Este llamado interno que sienten los lleva, de cierto modo, a tomar caminos diferentes, por ejemplo: no optan por formalizar una familia, renuncian a tener un negocio o adquirir bienes materiales, etc. Estas personas sienten el deseo de separarse de la vida laical para entregarse a la vida clerical o consagrada, a entregarse por entero al servicio del evangelio.

Entiéndase que con esto el Pueblo de Dios no se divide, más bien se amplían las posibilidades de llegar con mayor eficacia la Palabra de Dios a toda la humanidad. En este

punto Javier Hervada expone en su libro “Tres estudios sobre el uso del término laico”, que al momento de hacer la distinción entre fieles laicos y clérigos se debe al uso en el lenguaje cotidiano, y añade lo siguiente: “los fieles laicos son los simples fieles sin más especificación. Podría decir, aunque sea un paradoja, que se trata de denominar a aquellos fieles que se caracterizan por no estar caracterizados y, en consecuencia, por no necesitar de ningún nombre” (Hervada, 1973, pág. 25).

Diría Otto Semmelroth, con respecto al laico y al clérigo:

El uso del vocablo laico no es nuevo, en el Nuevo Testamento su utilización no designa jamás una multitud profana de pueblo, sino que tiene siempre en cierta manera una resonancia religiosa. En la mayoría de los casos del Antiguo Testamento se quiere designar con esta palabra al pueblo de Israel con su historia de la salvación, cuya misión y cometido supo realizar en sí misma la Iglesia del Nuevo Testamento, mientras que aquél no ha cumplido el papel encomendado en esa misma historia de la salvación. Precisamente porque la Iglesia se reconoce a sí misma desde su principio en ser cumplimiento legítimo de la promesa del Pueblo de Dios en una de las más importantes autodefiniciones de la Iglesia del Nuevo Testamento, y está en la misma línea que la apelación del Colegio Apostólico de los Doce, que hace de la Iglesia el definitivo pueblo de las doce tribus, en quien se cumple las promesas del Antiguo Testamento. En esa misma línea corre su designación de ekklesia, es decir, Pueblo de Dios (Baraúna, 1965, pág. 453).

En otras palabras, tal como lo manifiesta la Constitución Apostólica *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente sino como un solo pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Un pueblo que se unificara en un solo Espíritu y se constituyera en el Pueblo de Dios mediante su Palabra (1 P 1,23), y la ha constituido como nación santa (LG 9).

La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros; también es designado como Iglesia de Cristo (cf. Mt 16,18), porque fue Él quien la adquirió con su sangre (cf. Hch 20,28), la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social.

1.2. Laico como distinto del Clero.

El término laico adquirió un alcance más reducido por la necesidad de dar un nombre a una determinada categoría de fieles.³ A medida que las comunidades cristianas fueron llegando a su madurez y se iba cristalizando la organización eclesiástica, se fue estructurando la jerarquía de la Iglesia, la cual delimitó un tipo de fieles quienes por la imposición de las manos eran destinados a las funciones del culto y de gobierno. A este conjunto de fieles pertenecientes a la ordenación jerárquica se les llamó relativamente clero y a los demás se los llamó laicos.

Entre los clérigos y los laicos, en el comienzo del cristianismo, no existía una diferenciación tan marcada, como se da actualmente, pues "...los creyentes vivían unidos y tenían todo en común..." (Hch. 2,44) Entre los fieles estaban los ordenados por medio de la imposición de las manos y tan sólo se distinguían de todo este grupo los Apóstoles.

El proceso de diferenciación de fieles comienza con la aparición de los primeros escritos cristianos, en siglo II d C (Hervada, 1973, pág. 34). Justamente, el primer escritor eclesiástico que emplea el término laico es Clemente Romano, a finales del siglo I. Él escribe una carta a la Iglesia de Corintios. En este escrito hace un llamado al orden manifestando que "... cada cual ocupe su puesto en la comunidad de acuerdo con la voluntad de Cristo, que dio a su Iglesia una estructura jerárquica, que conserven el cuerpo eclesial de Cristo, sometándose cada uno a su prójimo conforme al don que se le concedió por la gracia" (Carta a los Corintios XXXVIII).

Aunque si bien es cierto Clemente no da ningún nombre especial a la multitud de fieles que no pertenecen a la ordenación jerárquica, hace una comparación de la estructura eclesial de la Antigua Ley: "todo estaba perfectamente ordenada y jerarquizada, había un sumo sacerdote, al que competía funciones propias; había sacerdotes que ocupaban su propio puesto; había levitas, con sus peculiares servicios, y habían en fin hombres laicos (el pueblo

³ Como se ha mencionado en este trabajo, el término laicos determina a todos los fieles. Sin embargo, junto a estos fieles, en los inicios del cristianismo, en la Iglesias existían fieles se caracterizaban por tener o desempeñar algunas funciones públicas y específicas, no habían recibido la imposición de mando por parte de los Apóstoles, y sin embargo acompañaban en todos los quehaceres de la Iglesia, la cual ya se presentaba como una comunidad orgánicamente estructurada.

llano o profano) sometidos a ordenaciones laicas (es decir leyes profanas o civiles)” (Hervada, 1973, pág. 41).

Clemente Romano pasa después a la Nueva Ley, en donde pone de relieve la estructura jerárquica de la Iglesia: “en ella están los obispos y diáconos establecidos por los Apóstoles para que les sucedieran en el ministerio. Consiguientemente –hay que añadir– existía la multitud de los simples fieles, la masa que no pertenecía a la jerarquía” (Carta a los Corintios LX).

En ese sentido, la palabra laico servía para expresar la pertenecía a un grupo, especialmente a una categoría social, pero cuando expresa la pertenencia a un grupo determinado de personas juega un papel clasificador. Es decir, hace referencia a la masa de población distinta de sus jefes, o sea es el pueblo en sentido restringido,⁴ opuesto a la administración y a la jerarquía de la Iglesia (Hervada, 1973, pág. 40).

De esto, hay que tomar en consideración el doble significado que tiene la palabra laicos. De la misma manera que en el castellano la palabra “λαός” (pueblo) designa al pueblo organizado como nación, también significa reunión de hombres o muchedumbre. Pues, como laico⁵ es un derivado de “λαός”, es decir pueblo, por tanto también tiene ese doble significado (Hervada, 1973, pág. 41).

Este significado similar es lo que hace la diferenciación de laico con clérigo, siendo los dos fieles del Pueblo de Dios, miembros de la Iglesia. Laico también tiene significado de ordinario, común, profano, opuesto a consagrado. Pero hay que advertir que no es lícito caer en la fácil tentación de concluir que laico significa profano, es decir que no tiene relación con lo sagrado.⁶

El término laico se lo comienza a utilizar con un sentido sociológico, con el que se designaba dentro de la comunidad cristiana a los fieles que no formaban parte de la jerarquía

⁴ Al que se le llamaba vulgo pero sin caer en ningún matiz peyorativo

⁵ Es cierto que la palabra laico no nace etimológicamente de la Iglesia. Esta equivalencia de laico como miembro del Pueblo de Dios es una evolución posterior del término usado por los teólogos para designar al fiel.

⁶ En el Antiguo Testamento laico no se lee con pueblo profano, más bien se entiende como el pueblo que se congrega para la escucha de la Palabra.

eclesial (Hervada, 1973, pág. 57). Pero también, comienza a tener un sentido excluyente como si los clérigos, por el hecho de serlo, dejaran de ser miembros del “Pueblo de Dios”.

Entre los siglos III y IV se hace distinción de dos clases de miembros de la Iglesia, unos, que tienen un papel activo, sobre todo en la celebración eucarística, son los clérigos, constituidos como tales por medio de la ordenación jerárquica y los otros, que aunque participan de la Eucaristía, tienen un papel más bien pasivo en la Iglesia, son los fieles laicos (Hervada, 1973, pág. 61).

Tanto clérigos como laicos participan como hermanos en Cristo por el bautismo y en la fe, de un sacerdocio común que atañe a todos por igual, con los mismos principios morales, doctrinales y contenidos Evangélicos, aunque ya se dé una distinción de formas de vida.

Por esta misma época nos topamos con otro grupo social de la Iglesia, miembro del Pueblo de Dios, que aunque no reciben una ordenación jerárquica, colaboran activamente en la Iglesia, ordenándose ante todo que sus miembros sigan a Cristo y se unan a Dios por la profesión de los consejos evangélicos. Este grupo forman parte de los simples fieles cristianos, sin embargo son separados por un llamado de Dios para cumplir con un servicio especial; nos referimos con esto a los monjes.

Esto da lugar a una nueva clase de fieles; los monjes, quienes se caracterizan por hacer un compromiso personal de vida, el cual no exige un estilo de vida clerical, es decir no son ordenados por imposición de manos, ni intervienen como autoridades eclesiales.

Al principio, este grupo social de la Iglesia no era fácil distinguirlos ya que se confundían con laicos piadosos que vivían religiosamente su fe⁷. Por lo general, las fuentes del cristianismo solo distinguen entre clérigos y laicos, aplicando a los primeros la autoridad jerárquica y a los últimos una distinción de seculares, es decir aquello fieles que se dedican a vivir su fe desde su ambiente familiar, profesional y social, aquello que se los ha denominado que como viven en el siglo.

⁷ En realidad los monjes no aparecen con pretensiones de singularidad, ni de forma categórica, son personas que quieren vivir su cristianismo de una manera más auténtica, generosa, se esfuerzan por vivir en fidelidad las virtudes Evangélicas. apartándose de las distracciones del mundo pretenden vivir su encuentro con Cristo de una manera más personal.

Se podría decir que a partir del siglo IV, desde de una perspectiva sociológica, en la Iglesia existen tres clases de fieles: los clérigos, los laicos seglares y los laicos consagrados. También Ahora, luego de muchos siglos, se concibe, de esta forma, a toda la comunidad del Pueblo de Dios.

Los laicos consagrados se consideran propiamente laicos por tener cualidades de los simples fieles, pero no poseen o suponen la existencia de órdenes que los distingan a los unos de los otros, ni siquiera por conceptos diferentes (Hervada, 1973, pág. 95).

El laico consagrado supone un estilo de vida que entraña el abandono, el desapego por las cosa materiales, tanto de cuestiones seculares como de los asuntos eclesiásticos. Sin embargo, guarda un estilo de vida dirigido al servicio de la Iglesia.

A este estilo de vida también se añadirían mujeres, las cuales se incluyen, indudablemente, dentro del género denominado laico, pero al mismo tiempo, van adquiriendo unas caracterizaciones peculiares que apuntan a una distinción. Es reconocido que en el antiguo testamento las mujeres tenían una posición de subordinación hacia el hombre. Con presencia la propagación del Evangelio y la postura de la religión cristiana en los primeros siglos se van dando oportunidades para que las mujeres escojan consagrar sus vidas al servicio de la evangelización de los pueblos.

Estas mujeres, consagrándose a Dios, viven en comunidades donde hacen la opción de apartarse del seno familiar. Estas comunidades eran conocidas como comunidades de vírgenes, que, por aceptar el estilo de vida monacal, su nombre fue evolucionando progresivamente hasta convertirse en monjas.

Pero, ¿quiénes son propiamente aquellos a quienes en nuestros días llamamos “laicos” o “seglares”? ¿Cuáles son sus características? Destacemos dos cosas: a) la palabra secular se emplea para los laicos y son ellos que por su estilo de vida se dedican a los asuntos seculares, es decir, que desde su propia actividad, vida, profesión tienen una actividad de servicio de

Dios dentro de la Iglesia. (Diccionario Etimológico, s.f.)⁸ b) como la palabra laicos, eclesiológicamente hablando significa Pueblo de Dios. Los Laicos – Seglares, la Constitución Dogmática “Lumen Gentium” son:

Los que viven en el siglo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entrelazada. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuya desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de vida, con su fe, su esperanza y caridad (LG 31).

La aportación de los laicos, como miembros de la Iglesia y sujetos activos responsables de la comunidad eclesial, está determinada por el compromiso evangélico de todo el Pueblo de Dios, haciendo que los Laicos – Seglares, por iguales que los clérigos y religiosos o monjes, difundan la Palabra de Dios a todo el mundo.

De este modo, se han puesto las bases de una eclesiología de comunión en la que todos los miembros de la Iglesia son participantes y responsables: “la realidad de la Iglesia-comunión es entonces parte integrante, más aún, representa el contenido central del misterio, o sea, del designio divino de salvación de la humanidad” (Ochoa Martínez de Soria, s.f.)⁹.

Por parte de los Laicos – Seglares su compromiso en la misión de la Iglesia es contribuir desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo (LG 31). Por ello, como expresa la Exhortación Apostólica “Christifideles Laici”, se desprende una doble dimensión: la primera dimensión es la vocación de los laicos a la santidad, que “está en la base de todas las vocaciones y del dinamismo de la vida cristiana de los fieles laicos (ChL 9), desde esta premisa fundamental se deriva la segunda dimensión que la vocación de los laicos realiza la misión salvífica de la Iglesia en el interior del mundo: “ellos son llamados a

⁸ La palabra secular se deriva de los términos saecularis: que significa lo relativo, compuesta de la palabra saeculum; al siglo. Es el sufijo “aris” lo que le da el significado de “pertenencia a”, o, “en relación a”. Así, la palabra secular significa “algo que dura u ocurre en los siglos”. En sentido eclesial la palabra secular quiere decir que viven en el siglo. Aunque la palabra secular se identifica a los seglares, es decir a los fieles laicos, sirve para identificar también las actividades de algunos clérigos; así se entiende como clero secular a los sacerdotes que no viven apegado a una regla (clero regular), que viven en su siglo y que están en contacto con la gente y el mundo de su tiempo (tomado de la página web etimología de Chile)

⁹ Cita es recogida de la página web de Mercaba

trabajar en la viña del Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo” (AA 33).

El laico seglar es un miembro pleno del pueblo de Dios, igual que todos sus miembros, los cuales entran a formar parte de la iglesia por el bautismo. Esta condición común cristiana, teológicamente hablando, corresponde a una responsabilidad comunitaria: compartir la misión pastoral la misma que contribuye a la edificación de la Iglesia en el mundo y llevar el evangelio al orden temporal (Ochoa Martínez de Soria, s.f.).

1.3. El papel de los Laicos - Seglares y su trabajar en el mundo.

Una vez que se ha revisado el sentido del término Laico – Seglar podemos analizar cuál es su misión dentro de la iglesia. Como se ha observado, el carácter secular es propio y peculiar de los laicos, es decir, que la vocación de los laicos busca implantar el reino de Dios desde sus realidades, como lo expone la constitución dogmática *Lumen Gentium*: “a ellos, muy en especial, les corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor” (LG 31).

En este sentido se observa que la espiritualidad de los laicos, por la que definen su labor misionera es evangelizar el mundo en los lugares donde ellos realizan su vida cotidiana. Esta labor es impulsada por el carácter que les fue infundido con el bautismo y los hace partícipe del Triple Oficio de Cristo, la misma fe que profesan es la misma fe llevan al mundo.

Como lo expone la Exhortación Apostólica “*Christifideles Laici*”, en palabras Apóstol Pedro: “... vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz, vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios, de los que antes no se tuvo compasión, pero ahora son compadecidos” (1 Pe. 2,9-10). Gracias a la dignidad del Bautismo todos los fieles cristianos se hacen partícipes del oficio Sacerdotal – Profético – Real de Jesucristo.

El Papa Francisco dice en su Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium” que el todo el Pueblo de Dios está llamado a anunciar el Evangelio de Cristo, y que en este pueblo desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar.

El Pueblo de Dios es santo por esta unción que lo hace infalible «in credendo». Esto significa que cuando cree no se equivoca, aunque no encuentre palabras para explicar su fe. El Espíritu lo guía en la verdad y lo conduce a la salvación. Como parte de su misterio de amor hacia la humanidad, Dios dota a la totalidad de los fieles de un instinto de la fe —el *sensus fidei*— que los ayuda a discernir lo que viene realmente de Dios. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión (EG 119).

De allí que el accionar de los Laicos- Seglares, radica en ejercer el triple oficio de Cristo en el mundo, lo cual comprende lo siguiente:

- a) Ser sacerdotes: esto significa que los Laicos-Seglares deben santificar sus vidas por medio de la oración y la participación activa de la celebración litúrgica de la eucaristía, esto quiere decir ejercer el sacerdocio real dado por la gracia del bautismo. Los Laicos-Seglares deben compartir su vida cotidiana con el encuentro de Dios, dar espacio de tiempo para que en la familia, en las labores cotidianas, se procure en la meditación entre Dios y la Humanidad. De esta manera, la vida cotidiana se convierta en ofrenda a Dios.

Esta vida sacerdotal del laico es alimentada, de manera especial, en la celebración de la Eucaristía, la cual debe su eje central, su alimento y la fuerza de su acción evangelizadora personal y de toda la Iglesia (LG. 25).

- b) Ser profeta: en el oficio profético, el fiel cristiano debe de tener en cuenta la misión que Jesús le encomendó a la Iglesia: anunciar la Buena Noticia, misión a la que pertenecen todos los bautizados. Esto conlleva que todos los fieles cristianos deben tener una actitud activa en comunicar el mensaje de Cristo, no ser simples oyentes de la Palabra de Dios. El Laico-Seglar tiene la

responsabilidad personal de anunciar esa Palabra, de tal modo que cada hombre y cada mujer creyentes sea el anunciador o educador de la fe, comenzando en su hogar con su familia, en su lugar de trabajo, y también en denunciar las injusticias existentes en la sociedad (LG 38).

En este oficio de ser profeta, el Laico-Seglar debe dar testimonio de Cristo en el mundo, compartiendo el sentido de la justicia, los deseos de paz y sentimientos de solidaridad y fraternidad (cfr. Hch 4, 32-35). Con sus obras, gestos y palabras el Laico-Seglar confiesa que Jesús es el único Señor de la vida y de la historia. Se compromete, inmerso en el mundo, a transformarlo, orientándolo hacia el Reino de Dios. Busca no solo “mejorar” el mundo, sino realmente “re-novarlo”, es decir, “hacerlo nuevo”, en la línea de lo que Jesús dijo a Nicodemo (Jn. 3,3-9).

- c) Ser reyes: por el hecho de haber recibido el bautismo los Laicos-Seglares comparte en el señorío de Cristo. En relación con los otros dos oficios, está el compromiso de hacer llegar el Reino de Dios a toda la Humanidad, conocer la íntima naturaleza de todas las criaturas, su valor y su ordenación a la gloria de Dios, para poder restituir todas las estructuras y los ambientes del mundo conforme los valores evangélicos.

Los Laicos-Seglares, siguiendo la misión de la Iglesia, deben anunciar el mensaje de Cristo a los hombres, impregnando y perfeccionando todo en el orden temporal con el espíritu evangélico, deben ejercitar su apostolado tanto en el mundo como en la Iglesia, y al mismo tiempo ser fieles y ciudadanos. Deben comportarse siempre en ambos órdenes con una conciencia cristiana. Además movidos por la caridad cristiana, tienen que obrar en cooperación con otros ciudadanos, ya sea con sus conocimientos especiales y su responsabilidad propia, y en todo esto buscando la justicia del reino de Dios (AA 7).

El Código de Derecho Canónicos nos da también otros elementos que hay que considerar sobre el papel de los Laicos – Seglares en la iglesia:

1. Los Laicos – Seglares, en virtud del bautismo tiene que desempeñar su misión de apostolado, es decir trabajar para que el mensaje de la salvación sea conocido y recibido en todo el mundo (CIC. 225 § 1).
2. “Los que viven en el estado matrimonial, tienen el peculiar deber de trabajar en la edificación del pueblo de Dios a través del matrimonio y de la familia. Los padres tienen el deber y el derecho de educarlos a los hijos en la fe cristiana” (CIC. 226 § 1 §2).
3. Aquellos Laicos – Seglares que tenga la capacidad y la idoneidad para desempeña oficios eclesíasticos pueden ser llamados por los Obispo, según las prescripciones del derecho. De igual manera aquellos que se distinguen por su ciencia, prudencia e integridad tienen capacidad para ayudar como peritos y consejeros de la Iglesia, también puede formar parte de consejos, conforme a la norma del derecho (CIC. 228 § 1 §2).
4. Tienen el derecho a adquirir y profundizar sus conocimientos en Teología en las universidades o facultades eclesíasticas o en distintos institutos de ciencias religiosas, obteniendo grados académicos” (CIC. 229 § 2).
5. En base a las capacidades e idoneidad necesaria, pueden dedicarse a la enseñanza de Teología, conforme a la legítima autoridad eclesíastica” (CIC. 229 § 3).

Otro de los servicios de los laicos-Seglares es el ser convocados por Jesús para estar con Él y ser enviados al mundo poniéndose al servicio del Reino de Dios (cf. Mc. 3,14-15; Lc. 9,1-2), guardando una postura de humildad, amabilidad y paciencia, aceptándose mutuamente con amor, todas ellas virtudes que distinguen a los seguidores de Jesús. Pero sobre todo deben procurar la paz y la unidad que es fruto del Espíritu.

Hay que destacar que es en la espiritualidad laical donde nacen todas las vocaciones. Si bien es cierto es Dios quien llama a hombres y mujeres para un servicio particular en la Iglesia, sea como sacerdote o religiosos y religiosas, cada uno de ellos ha tenido ese primer encuentro del amor de Dios en el seno de una familia. De allí su responsabilidad, como familia, de ser un miembro activo del Pueblo de Dios. Al igual que todos los fieles cristianos,

el Laico-Seglar debe tener su mente y su corazón arraigados en la escucha de la Palabra de Dios para meditar su accionar cotidiano con el anuncio evangélico y en la Eucaristía, como alimento espiritual para su accionar en el mundo.

Por estos motivos el Laico-Seglar debe procurar una buena formación teológica para ser anunciador y educador de la fe cristiana, promoviendo el amor la dulzura de Cristo, cambiando posturas mentales tanto en lo político, económico y social para fortalecer la fe en la sociedad. De allí que el llamado de Cristo de anunciar la Buena Nueva al mundo se hace real y viva en la vocación de los Laicos-Seglares y en el mundo donde se desenvuelven.

1.4. Laicismo como oposición al clero.

Como se ha revisado, el término laico a través de la historia, es acompañado de algunos sucesos que denotan una diferencia entre los distintos miembros de la iglesia, ya sea por la ordenación jerárquica o por aquellos laicos que por vocación se consagran al servicio de la Iglesia.

Pero la interpretación de la palabra laicos, también va más allá del sentido eclesial. No solo tiene diferenciación en la estructura de la Iglesia, también tiene diferenciación en la estructura civil política.

Existe otra acepción del cual el término “laico” que hace referencia simplemente a “pueblo” como comunidad, independiente de cualquier organización o confesión religiosa o de toda religión, las autoridades políticas de un estado laico no se adhieren a ninguna religión determinada, ni las creencias religiosas influyen sobre la política nacional. En la práctica, ha provocado duras tensiones entre el Estado como órgano político que se encarga de regular la vida comunitaria de un país o nación y la Iglesia (Laico, laicidad y laicismo, 2004).¹⁰ Esta postura política se la conoce como “laicismo”.

El laicismo es una actitud enfrentada con la pretensión del clero de intervenir en asuntos políticos de una nación. Esto generó un comportamiento de intolerancia hacia la Iglesia, sus creencias y todo tipo de instituciones religiosas. Esta corriente ideológica tiene su punto de

¹⁰ Entiéndase en esta parte Iglesia como clero no como pueblo de Dios

partida en Europa cuando se da la separación del Estado con la jerarquía de la Iglesia, provocando sentimientos anticlericales, que se intensifican en la edad moderna.

Entre los siglos XIII y XV surge una postura ideológica política en que el Estado debe de independizarse de la creencia religiosa del gobierno del mundo por parte de Dios, razón por la cual exigían la separación del poder imperial y el poder religioso (Bayona Aznar, 2009). Esta postura ideológica iba creciendo hasta llegar al punto de promover la exclusión de la religión de todos los ámbitos de la vida humana, incluso llegar a negar a Dios y establecer la lucha contra la Iglesia (Laico, laicidad y laicismo, 2004).

Este proceso alcanzó su punto más alto a finales del siglo XVIII con la Revolución Francesa, cuando el pueblo francés se sublevó ante la monarquía y la Iglesia católica proclamando un estado laico, ajeno a cualquier pensamiento religioso. Se proclama el estado democrático republicano el cual trajo consigo leyes que contemplaron la libertad de cultos y la secularización en diversas instituciones que antes eran regidas por la monarquía y la Iglesia (González Ruiz, 2013).

Este movimiento revolucionario tuvo una gran influencia en todo el mundo, lo cual desembocaría en el siglo XIX en el inmanentismo absoluto, es decir, la negación de Dios como ser trascendente y de todo vínculo de la realidad humana con Dios y la religión. Justamente, es en el siglo XIX que el término laico sufre el cambio totalmente opuesto al sentido religioso, se contrapone a la expresión Miembro del Pueblo de Dios por “humanidad sin Dios” (Laico, laicidad y laicismo, 2004).

Según el laicismo, el laico es el hombre de la razón. Nada trasciende al hombre. No existe un ser superior que gobierne al hombre y al mundo; y por lo tanto, el hombre es formador de su historia. Dios no camina ni acompaña en la historia al hombre.

El laicismo mantiene una postura de rechazo frente a la religión cristiana porque considera que los cristianos en particular los clérigos apelan a un poder divino que gobierna todo lo creado, y eso lo interpreta el laicismo como una táctica del clero para mantener el poder en la sociedad. El laicismo estima que la religión no debe interferir en los asuntos de la

vida pública y por consiguiente, en la vida del Estado, en la elaboración sus leyes y en la administración pública.

En esta postura ideología, los cristianos pueden evidentemente participar en calidad de ciudadanos, en la vida estatal, pero procediendo en su actividad pública sin pretender hacer valer y prevalecer sus principios religiosos y morales.

CAPÍTULO II

2. Importancia de la Teología en la Iglesia.

La Teología nos ayuda a entender de manera racional y ordenada las verdades de nuestra fe. Nos permite ir reflexionando sobre la revelación divina en el caminar del Pueblo de Dios, y al mismo tiempo, ir comunicando a todo su Pueblo el plan de la salvación.

Gracias a la Teología, la Palabra de Dios se hace entendible, nos acerca a la verdad del misterio revelado en las Sagradas Escrituras, es decir, entender que lo que Dios ha revelado a través de su palabra es su misma persona y el plan que tiene para con la creación; en otras palabras, nos comunica el mensaje de la salvación.

En este sentido, la Teología trata de explicar a todos los demás pueblos lo que está escrito en la Biblia, haciendo visible a todos los fieles el mensaje de la esperanza y de la salvación, mediante un proceso razonable orientado para llegar a conocer y amar a Dios.

La Teología es un proceso analítico por el cual se llega a conocer al que nos amó primero, se reflexiona sobre su palabra y luego esta reflexión es transmitida con acciones verbales y comportamiento de vida, ya que la Palabra de Dios debe encarnarse en nuestras vidas y transmitirse con nuestras acciones. La Palabra de Dios no es simple palabra, ella por sí misma es vida.

Para lograr este propósito, la Teología necesita un lenguaje que, aunque asuma las diferencias propias de cada cultura y situación histórica, sea inteligible por todos, que llegue a todo el género humano la única verdad revelada. Por su parte, el magisterio de la Iglesia tiene la tarea de vigilar para que el mensaje, producto de la reflexión teológica, llegue a sus fieles sin alterar la verdad revelada.

La unicidad del mensaje de la Teología debe mantenerse en toda la Iglesia, tal como la profesión de fe, que debe estar estrechamente vinculada a la idea de catolicidad. Por tanto la Iglesia debe sentirse como “en casa” en cada nación y cultura, y anunciar en todas partes la salvación y la santificación (Comisión Teológica Internacional, 2012).

La Teología explora el inagotable Misterio de Dios y el camino por el que su gracia opera para la salvación, adopta de forma recta el mensaje de la salvación, y, si bien las investigaciones de la única verdad de la Trinidad de Dios y del único plan de salvación se centran en el único Señor Jesucristo, esta pluralidad debe manifestar unos rasgos familiares distintivos.

Toda reflexión teológica debe estar íntimamente relacionada con el depósito de la fe para que contribuya a la evangelización de todos los pueblos y sea comprendida en todas las culturas. Como lo explica el Papa Francisco en la Exhortación Apostólica “*Evangelii Gaudium*” la evangelización es un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino (EG 112), que en su acontecer histórico, al desarrollar sus propias culturas, vive un modo concreto de relacionarse con la realidad. La teología enlaza las realidades de los pueblos con la verdad del Verbo encarnado, proclamando el plan de salvación a todos los pueblos.

La Teología interioriza uno de los misterios más grandes, la novedad de que Dios se da a conocer a través del diálogo de las Sagradas Escrituras. El Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía (VD 6). Esta invitación se sigue expresando a lo largo de toda la historia de la salvación, tanto es así, que la Palabra de Dios que se transmite en la Tradición viva de la Iglesia, es la Palabra del Verbo encarnado y vivo, la cual se proclama, se escucha, se lee, se la acoge y se la vive en el interior de la gran familia cristiana (VD 7).

Gracias a la teología, la evangelización se ha podido actualizar. Como dice el Papa Francisco, en dos milenios de cristianismo, innumerables pueblos han recibido la gracia de la fe, ha hecho florecer en su vida cotidiana y la han transmitido según sus modos culturales,

propios en cada comunidad. Han acogido el anuncio de la salvación y la han fecundado en su cultura.

El cristianismo no tiene un único esquema cultural para anunciar la Palabra de Dios y sin embargo, mantiene en total fidelidad el anuncio evangélico y la tradición eclesial. En los distintos pueblos, que experimentan el don de Dios según su propia cultura, la Iglesia expresa su genuina catolicidad y muestra la belleza de este rostro pluriforme (EG116).

De suyo, la Iglesia reflexiona con profundidad en la Sagrada Escritura, la interpreta para anunciarla a todas las naciones y la teología actualiza la Escritura para que todas las naciones, comprendan el mensaje de la salvación. Luego, la Iglesia revisa esa reflexión por ser ella la encargada de la interpretar Palabra de Dios, tal como dice la Constitución Dogmática, *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II: "...la Iglesia por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de fe saca todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer" (cfr. DV 10).

De allí que la tarea de predicar la Palabra de Dios es de toda la Iglesia, aunque esto con frecuencia se ha considerado potestad del clero. Por medio de la jerarquía eclesial la Iglesia anuncia y contextualiza la verdad de Dios. Más el Papa Francisco nos recuerda que la evangelización es tarea de toda la Iglesia, es el quehacer diario de miles de creyentes, fieles laicos tanto religiosos como también seglares. "Se hace reflexión teológica todos los días, es más la Iglesia se enriquece de esas reflexiones de todos los días" (EG 116).

Justificado es el papel de los teólogos de reflexionar sobre la Palabra de Dios y aplicarla a las diversas situaciones de la vida. Pero en todo lugar, donde se hacen preguntas sobre la existencia de Dios o sobre la reflexión de la Palabra de Dios, la labor del teólogo no debe quedarse en una mera explicación, sino que debe procurar que la Palabra de Dios crezca en el corazón de los oyentes, en los diversos contextos, ya sean estos los espacios de prédica dominical, en el salón de clases de religión en las escuelas y colegios, en los espacios de meditación espiritual, en la explicación académica de las facultades de teologías, en los conventos, en los retiros espirituales, en las reuniones de los grupos o comunidades laicales e incluso en la explicación que un padre o una madre da a sus hijos e hijas para decirles cuanto

Dios les ama. En todas estas instancias se está realizando un proceso de reflexión teológica, producto de esas reflexiones se alimenta la acción misionera y pastoral de la Iglesia.

La importancia que tiene la Teología en todos los tiempos, acerca la Palabra de Dios a todas las personas de todos los tiempos, y de ello cuida la Iglesia para que la revelación de la Palabra de Dios llegue de una manera íntegra, conservando el dogma de la fe.

2.1. La Iglesia nace de la recepción de la Palabra de Dios

Como vimos en el capítulo anterior, la Iglesia desde el principio congrega a toda la comunidad de fieles, a quienes se les ha dado algunas denominaciones, pero que se trata de un solo grupo humano: el Pueblo de Dios, el mismo que se congrega como una sola asamblea, una sola nación, gracias a la Palabra de Dios.

Dios en una intervención libre y voluntaria se ha dado a conocer de manera progresiva en la historia de la Iglesia y de la humanidad gracias a su Palabra, pues la Iglesia está presente desde toda la eternidad en Dios, es el punto de encuentro Dios con toda la humanidad. Como lo manifiesta las Sagradas Escrituras: “Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por la boca de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo» (Heb. 1,1)”.

Esta palabra de Dios, o revelación de Dios, se dirige a toda la humanidad, a toda la realidad cristiana. Como diría Rene Latourelle: “Toda la economía de la salvación, en el orden del conocimiento, descansa en este misterio de la automanifestación de Dios en una confianza de amor.” (Latourelle, 1982, pág. 9) Es Dios el que toma la iniciativa y es por medio de la Palabra, que se conoce el designio de su salvación y los medios para alcanzarla. Esta manifestación la conocemos como Revelación y el acontecimiento decisivo y primero de esta revelación es su Hijo Jesucristo.

Toda la revelación descansa en la Palabra de Dios, la misma que por medio de la tradición se plasma y se fija en la Escritura, permitiendo que la Palabra pueda ser leída, meditada y contemplada para cumplir la voluntad de Dios en la humanidad.

Una vez escrita la palabra de Dios, ella se reviste de un carácter de duración y eternidad, permanece irrevocable; cuando se la lee ella se actualiza en el tiempo. Mediante la relectura constante de las Sagradas Escrituras ella adquiere el carácter de “estar viva”, ya que cada fiel, al leerla, hace suyo el mensaje de Dios.

Gracias a su Palabra, Dios sale de su misterio, se hace presente y habla con la humanidad. Podría decirse que este encuentro tiene tres momentos en la historia de la salvación. En un primer momento se manifestará a los patriarcas del pueblo de Israel comenzando por Abraham y continuando en su descendencia, Isaac y Jacob hasta llegar al momento en que Dios forja un pacto de alianza con su pueblo en el Monte Sinaí por medio de Moisés. Un segundo momento de esta revelación se da cuando la Palabra de Dios es hablada por la voz de los profetas. El tercer momento se da cuando la Palabra de Dios se hace carne en la persona de su Hijo; en Él, Dios expresa totalmente la salvación y va en búsqueda de toda la humanidad.

Este anuncio de Cristo se le confirió a la Iglesia en la persona de los Apóstoles, ellos tuvieron la misión de invitar a los hombres a la fe e incorporarlos, por el bautismo, a la sociedad del Padre y del Hijo, en un mismo y único Espíritu. En palabras de Apóstol San Pablo: una sola fe, un solo bautismo, un solo Espíritu, una sola Iglesia (Ef 4, 5). De esta manera, “La palabra del Señor permanece para siempre. Y esa palabra es el Evangelio que os anunciamos” (1 P 1,25: cf. Is 40,8). Esta frase de la Primera carta de san Pedro, que retoma las palabras del profeta Isaías, nos pone frente al misterio de Dios que se comunica a sí mismo mediante el don de su Palabra, la cual permanece para siempre, ha entrado en el tiempo. Dios ha pronunciado su palabra eterna de un modo humano; su Verbo «se hizo carne» (Jn1,14). Ésta es la buena noticia. Éste es el anuncio que, a través de los siglos, llega hasta nosotros” (VD 01).

La Iglesia depende de la Palabra, que la engendra la alimenta y convoca a todo el Pueblo de Dios, podemos ver un ejemplo de ello cuando el pueblo de Israel se reúne en el monte Sinaí para recibir los mandamientos, (Ex. 20). Este acontecimiento se repite cuando el pueblo de Israel retorna a su hogar después del segundo exilio: Se reúnen en torno al nuevo templo para escuchar la Ley de Moisés que Dios había prescrito a Israel (Neh. 8). En el Nuevo Testamento es la persona de Jesús la que reúne al pueblo. Cuando Él ascendió al seno

del Padre, envía al Espíritu Santo a los apóstoles para que anuncien a Cristo. Por la predicación de Pedro, en el día de Pentecostés, miles escuchan la palabra de Cristo y nace la comunidad cristiana, quienes una vez que acogen la palabra y se bautiza, pasan a formar parte de un solo pueblo y ser miembros de la Iglesia (Hech 2, 41-42).

La Iglesia, que ha sido concebida por Dios desde la eternidad, se hace presente en medio de los hombres en la medida que la voluntad de Dios se va revelando a la humanidad. Ella alcanza su plenitud cuando la Palabra se encarna y el Hijo de Dios se hace presente en medio de la humanidad. Como lo manifiesta Fernando Ocáriz y Arturo Blanco en el libro *Teología Fundamental*: "...el proceso de fundación de la Iglesia coincide con el de la realización de la plenitud de la Revelación" (Ocáriz & Blanco, 2008, pág. 68). De allí se comprende que en los inicios de la Iglesia, la palabra manifiesta un dinamismo tal que el libro de los Hechos de los apóstoles la presentan como una especie de entidad personal: "La Palabra de Dios crecía y se multiplicaba" (Hech 12,24); "la Palabra del Señor se difundía por toda la región" (Hech 13,49). "La palabra de Cristo confirió a los Apóstoles la misión de invitar a los hombres a la fe y la de incorporarlos, con el bautismo, a la sociedad del Padre y del Hijo" (Ocáriz & Blanco, 2008, pág. 68).

Para San Pablo, la Iglesia es la asamblea creada por la convocación divina expresada en el mensaje cristiano (Rom 1,6; 1 Cor 1,2), está fundada en la predicación de los apóstoles (Ef 2, 20). Para San Juan, Cristo es el buen pastor que llama a sus ovejas para que no haya sino un solo pastor (Jn 10, 16). El Papa Benedicto XVI, recogiendo ambas posturas, manifiesta que la relación entre Cristo, Palabra del Padre, y la Iglesia es una relación vital y cada fiel está llamado a entrar personalmente en el cuerpo vivo de la Iglesia. Tal como lo explica el Papa Benedicto al hacer referencia de la Constitución Dogmática *Dei Verbum* "Dios, que habló en otros tiempos, sigue conversando siempre con la esposa de su Hijo amado; y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia, y por ella en el mundo, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y hace que habite en ellos intensamente la palabra de Cristo (cf. Col 3,16)" (VD 51).

La palabra que convoca y engendra la Iglesia, tiene el impulso del Espíritu Santo desde el día de Pentecostés y la misma se extiende hasta la llegada de la parusía. La Palabra y

el Espíritu edifican inseparablemente el cuerpo de Cristo. Lo que obran visiblemente en la Iglesia, lo realiza invisiblemente el Espíritu en el corazón de los hombres.

Se podría decir que el nacimiento de la Iglesia tiene dos momentos: el primero se da por la escucha de la palabra que tiende a edificar una nación, un pueblo santo por medio de la predicación del Evangelio; en el segundo momento en el Espíritu quien fecunda el crecimiento de la Iglesia, fruto de la palabra revelada.

Y así, como la Palabra de Dios es fuente de vida para la Iglesia, resulta esencial considerar la Sagrada Escritura como alimento vital para el Pueblo de Dios; esto explica por qué la Palabra de Dios ocupa un lugar privilegiado en la vida de la comunidad eclesial, sobre todo generando experiencias que permiten construir comunidades activas dispuestas al servicio de la Iglesia.

Esta Palabra de Dios, que es el alimento de la Iglesia, debe llevar una preparación apropiada para la correcta asimilación en los corazones de los fieles y, sobre todo, para su posterior profundización. De allí la importancia de una pastoral de la palabra, en las comunidades cristianas, para compartir la palabra de Dios.

Para llevar adelante esa Pastoral de la Palabra de Dios en las parroquias, es necesario que cada una organice el estudio de las Sagradas Escrituras, donde los laicos tengan la participación primordial, y cuya finalidad sería, hacer un análisis de las vivencias cotidianas e ir revisándolas con la ayuda de la Escritura, de modo que así el mensaje de Cristo se funda con la vida de los laicos. Esta iniciativa tendría ser encaminada por los Obispos de cada diócesis para generar un flujo continuo de la Palabra en las diversas comunidades, donde cada uno estaría aportando con sus reflexiones teológicas.

De aquí también deriva el llamado de la Iglesia a ser misionera, ya que la fe viene de la predicación de la palabra de Cristo (Rom 10, 14-15. 17). El desarrollo de la misión primitiva se debe, en gran medida, a que cada discípulo se hace misionero, predicador, *testigo* del acontecimiento pascual. A pesar de que Jesús anunció el reino de Dios dentro de los confines de Israel, los primeros discípulos comprendieron, tiempo después, que la resurrección del Señor y la presencia del Espíritu del Resucitado en medio de ellos —como

acontecimiento escatológico y en realización del reino— les abría las puertas a una misión universal.

La teología ha tenido siempre y continúa teniendo una gran importancia, para que la Iglesia, Pueblo de Dios, pueda participar de manera fecunda en la misión de profética de Cristo. Esta misión de anunciar la Palabra de Dios a todos los hombres de todos los tiempos implica una tarea de enseñar y al mismo tiempo de reflexionar según los tiempos y las culturas. Esta tarea implica participar en la investigación teológica, para actualizar la verdad revelada.

La enseñanza de la Sagrada Escritura y la promulgación de la doctrina cristiana son actividades esenciales en la Iglesia. Valorar la experiencia del creyente en cuanto a su misión apostólica, aportan, contribuyen a edificar la Iglesia.

El decisivo papel que la teología desempeña en la vida de la Iglesia hace que los teólogos deban mantener una estrecha relación con el Magisterio en su propio discernimiento crítico y en las afirmaciones que se puedan contraponer a la doctrina cristiana.

2.2. La predicación “oficial” de la Palabra de Dios es tarea principal del “Magisterio de la Iglesia”

La Iglesia de Cristo da a conocer el plan de salvación que el Padre tiene predestinado para los hombres de todas las generaciones. Ella invita a la fe a todo el Pueblo de Dios. Pero para que la Iglesia pueda anunciar la palabra de Dios necesita primero alimentarse de la Palabra, analizarla, comprenderla, reflexionarla ante las diversas realidades de la sociedad. Aquí entra en acción la Teología, para analizar la Palabra según la realidad de la humanidad.

Para hacer reflexión teológica se requiere una formación, que actualmente está dirigida en primera instancia para el clero, ya que son ellos los que acercan la verdad revelada a todos los fieles que se congregan en la Iglesia. Pero en segunda instancia la formación debe ser dirigida a todos los laicos para que ellos puedan anunciar la Palabra de Dios en cada uno de

los lugares donde se realizan sus diferentes actividades, ya sea en la familia, el trabajo o con las personas con las que se relacionan diariamente.

Para la Iglesia, la predicación de la Palabra es una misión que se deriva del mandato expreso de Jesucristo (Mt. 28,18-20; Mc. 16,15-16; Jn.17, 18-20). Fue a los Apóstoles a quienes se les confió el mandato de anunciar el Evangelio en primera persona, ya que ellos atestiguaron todo el acontecimiento de Cristo, vivieron con él y escucharon de los propios labios de su Maestro el mensaje de la salvación. Ellos presenciaron cada una sus obras y prodigios. Por último, ellos recibieron el poder del Espíritu Santo, que les otorgó la facultad de ser los Ministros de la Palabra de Dios.

Pentecostés y la predicación de Pedro marcan un hito en la historia de la Iglesia, La presencia del Espíritu Santo da el impulso para que el Apóstol Pedro levante su voz y proclame la Buen Nueva a todas las personas en el lugar que se manifestó la presencia del Espíritu de Santo (Hch. 2,14). Como lo expresó el Papa Juan XXIII: “De hecho, el reino de Cristo Jesús, Hijo de Dios, Verbo Encarnado, Señor del Universo, comenzó desde allí, desde allí la historia de la Iglesia Católica y Apostólica, una y santa, se puso en camino para dar ese testimonio” (Solemne homilía de Pentecostés en la Basílica Vaticana. Domingo 10 de junio de 1962).

La predicación es necesaria e irremplazable en la economía de la salvación. El ministerio de la Palabra pertenece a la estructura misma de la Iglesia. “Por lo tanto, la misión de la Iglesia no puede ser considerada como algo facultativo o adicional de la vida eclesial. Se trata de dejar que el Espíritu Santo nos asimile a Cristo mismo, participando así en su misma misión” (VD 93) Predicar la Palabra pertenece a la misión profética de la Iglesia. Así como los profetas del Antiguo Testamento eran la boca de Dios en Israel, así la Iglesia es la boca de Cristo y el instrumento del Espíritu para la proclamación del Evangelio.

Es verdad que la Palabra de Dios posee ya una eficacia intrínseca, pero “no hay que olvidar que al proclamarla en la litúrgica, sobre todo en el contexto de la asamblea eucarística, no es tanto un momento de meditación y de catequesis, sino que es el diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación” (VD 41). De allí la responsabilidad de la Iglesia de mantener fielmente la verdad revelada. La Iglesia es

una comunidad organizada que en su interior ha desarrollado la función del Magisterio para que sea correctamente entendida la Palabra de Dios.

En esta tarea de enseñanza, el Magisterio de la Iglesia se vale de la persona del predicador, quien juega un papel importante, pues no se trata de transmitir un sistema rígido de pensamiento, sino, anunciar el mensaje de la salvación a manera de dialogo, ya que la palabra de Dios ilumina el caminar de las personas y se anida en sus corazones (VD 23). Todo ello está vinculado a un acontecimiento que cambió la existencia humana, la presencia del Hijo de Dios, que al encarnarse nos adopta como hermanos y nos comunica el misterio del Padre, dándole un nuevo sentido de esperanza y luz a la vida de la humanidad y de la creación. Con su muerte y resurrección, nos llama a participar en su vida y gloria.

Esta tarea de enseñar las verdades reveladas le corresponde en primer lugar al Obispo de Roma, quien es el sucesor de Pedro y Cabeza del cuerpo episcopal. La doctrina sobre este punto está contenida principalmente en el capítulo III de la Lumen Gentium: “El Señor Jesús... a estos apóstoles los instituyó a modo de colegio, es decir, de grupo estable, al frente del cual puso a Pedro, elegido de entre ellos mismos... Así como, por disposición del Señor, san Pedro y los demás apóstoles forman un solo colegio apostólico, de modo análogo se unen entre sí el romano pontífice, sucesor de Pedro, y los obispos, sucesores de los apóstoles” (LG 19-22).

A su vez los Obispos ejercitan en su servicio Magisterial con la ayuda de los presbíteros, quienes son los encargados de llevar a la Palabra de Dios a cada una de las parroquias y comunidades (LG. 28). En otras palabras, tarea de los clérigos es la de ser los primeros anunciadores del acontecimiento que atestiguaron los apóstoles. De suyo ellos predicán al interior de la Iglesia, donde se congrega todo el Pueblo de Dios y por eso su vida debe mostrar la aptitud del Evangelio para transformar la existencia humana; sólo viviendo del Espíritu de Cristo se puede predicar eficazmente a Cristo (Latourelle, 1982, pág. 509).

Este servicio va íntimamente relacionado con un compromiso personal de vida, de lo contrario, el servicio de la palabra dará muestras de cansancio y pesadez. Este servicio es un llamado a participar en una comunidad cristiana que cultive los valores evangélicos, encaminando al predicador a una vida de santidad, como signo que atestigüe el origen divino

de la palabra oída. De esta exigencia de una predicación acreditada por la vida, se deduce también de que el núcleo esencial del mensaje cristiano es la revelación del amor de Dios a través del amor de Cristo.

El predicador tiene que ser un enamorado de la Palabra de Dios, tiene que sentir en su interior la fuerza del Evangelio, haberla hecho suya, solo quien ha experimentado la fuerza del amor de la Palabra está dispuesto a hacerla vida. Para explicar esta dimensión del predicador podemos recordar una historia de San Francisco de Asís, a quien le llamaron el evangelio viviente. Muy temprano por la mañana San Francisco salió como de costumbre a pedir limosna, sus hermanos le preguntaron hacia donde se dirigía y Francisco les dijo que iba que a predicar el Evangelio, inmediatamente los hermanos se sumaron a su misión. Ese día pasaron ayudando a cuanta gente la requería. Ya por la noche regresaron al convento y los hermanos, en son de reprimenda, le preguntan a Francisco, ¿Por qué pasamos ayudando a la gente todo el día? ¿Por qué no predicamos el Evangelio? A lo que Francisco respondió, precisamente es lo que hemos hecho todo el día.

2.3. El papel de los teólogos: reflexionar la Palabra de Dios y aplicarla a las diversas situaciones de la vida

Es preciso que el amor de Cristo invada el corazón del apóstol, para que las almas vean en el predicador al Dios que ama y es amado. Cuando el amor del evangelio arde en los corazones está tiende ser anunciada. Es el amante que quiere dar a conocer quien lo ama. Este sentimiento de predicar, reflexionar y compartir la experiencia del resucitado es la misma que sintieron los caminantes de Emaús cuando expresaron “¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros, mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras?” (Lc. 24,32).

Así como la Iglesia le confiere al clero el ministerio de la predicación de la Palabra de Dios en la Iglesia, a la Iglesia se le ha encomendado ser la depositaria de la Palabra de Dios. Recibió la misión de predicar el evangelio de Cristo y de suyo el oficio de interpretarlo auténticamente, de comprenderla para responder a las cuestiones y necesidades de cada generación.

Esta palabra que comunica el mensaje de la salvación, la Iglesia la ha recibido de la tradición oral y escrita. La predicación de la Palabra, desde sus inicios la ha transmitido de generación en generación y ha hecho posible que la verdad y el mensaje de la palabra lleguen a toda la humanidad sin omitir ni aumentar nada a la revelación. Pero en esta tarea evangelizadora ha sido fundamental la experiencia de hombres y mujeres que han presenciado las maravillas que Dios ha realizado para con su pueblo y para con ellos mismos.

En este sentido, cuando la Iglesia predica no solo se escucha la Palabra revelada sino se transmite el sentimiento del amor que Dios ha tenido para con su pueblo. Es por medios de sus actos, que la Palabra proclamada por la voz de la Iglesia se difunde en la sociedad.

Todo este trabajo lo realiza la Iglesia bajo la inspiración del Espíritu Santo. Así, la revelación que se constituye en un encuentro de amor, que comienza con el Antiguo Testamento culmina con Cristo y los apóstoles, se articula en otros conocimientos que actualizan el mensaje de la salvación mediante formulaciones más claras y explícitas en cada una de las épocas. La Iglesia, que ha recibido la auténtica revelación y es asistida por el Espíritu Santo en su misión de llevar el mensaje de la salvación a todo el género humano, aprueba estas expresiones de fe, pues se trata de enseñanzas inspiradas por el Espíritu Santo y expresadas por la inteligencia humana. Es el Espíritu quien dirige infaliblemente a la Iglesia hacia un conocimiento más perfecto las verdades reveladas, del mismo modo como guio a los apóstoles, desde Pentecostés, para traer a la memoria todo lo que Cristo les dijo (Jn 14, 26) (Latourelle, 1982, pág. 514).

Estos aprendizajes son revisados bajo la luz de la doctrina de la fe conferida a la Iglesia, que tiene la misión de conservar y de exponer la revelación hecha una vez para siempre. La inteligencia cada vez más profunda, más detallada, más precisa, de la Palabra aporta nuevo vigor para las nuevas generaciones. Aquí es claro que no hay nuevo mensaje, ni nuevo misterio; lo que hay es una aplicación de la revelación a las situaciones nuevas, pero sin cambiar su sentido.

La Iglesia va descubriendo paulatinamente las dimensiones del misterio revelado en cada época, aporta una luz nueva a las enseñanzas de la revelación. Gracias a ella, algunos puntos oscuros de la revelación se esclarecen, sale a la luz, ya que la revelación no acaba.

Aquí entra en escena el teólogo, para contextualizar la verdad revelada con los signos de los tiempos, releer las Sagradas Escrituras con el acontecer de cada época. Como diría Latourelle: “Vemos cada vez más claramente, pero siempre en la misma realidad: como un rostro que fuese saliendo de la penumbra a la luz del mediodía” (Latourelle, 1982, pág. 515).

Tanto el Magisterio de la Iglesia y la Teología tienen la tarea en común de conservar el depósito de la fe, de exponerlo, enseñarlo y defenderlo. Esta tarea está al servicio del Pueblo de Dios para alcanzar la salvación y comunicarlo al mundo entero. Este servicio implica un diálogo entre el Magisterio y la Teología, aunque a veces han surgido ciertas discusiones y divergencias; sin embargo, no puede divorciarse la acción del uno y de los otros. Ambos están obligatoriamente guiados por la Palabra de Dios y tienen la obligación de atender al depósito de la fe y cumplir con la disposición de Jesucristo. Este trabajo debe manifestarse en la praxis de la vida cristiana y la cooperación entre ambos para el cuidado de la unidad cristiana (Comisión Teológica Internacional, 2012).

De ahí se derivan funciones específicas. Si bien es cierto que el Magisterio no elabora síntesis teológicas, si tiene la tarea de anunciar con autoridad lo que los teólogos han investigado, y también de corregir cuando se han presentado errores. Esto lo hace para procurar la unidad del mensaje cristiano, de modo que el mensaje llegue a cada uno de los cristianos en diferentes realidades; pero de modo que todos los cristianos comprendan y se apropien del mensaje de la salvación, sabiendo que es el mismo en todo el mundo, como manifiesta el Apóstol San Pablo: una sola fe, un sólo pueblo, una sola Iglesia.

La Iglesia anuncia el mensaje de la salvación a todos los fieles y para que este anuncio llegue, se vale del corazón y la inteligencia humana para hacer comprensible la verdad revelada de la Palabra o para esclarecer ciertos datos de las Sagradas Escrituras en tiempos presentes según la doctrina de la fe.

Rene Latourelle habla en su libro “Teología de la Revelación” (Latourelle, 1982), que la inteligencia humana se ha puesto al servicio de la Iglesia para explicar lo que estaba implícito en las fuentes de la revelación. Por ejemplo cuando leemos la introducción del evangelio de Juan se afirma que Jesús posee naturaleza divina y naturaleza humana. La inteligencia humana es que la hace posible llegar a comprender la explicación de esta verdad.

Este anuncio de la salvación tiene un solo camino, pero se lo puede realizar de diferentes maneras. Es decir para llegar al camino de la salvación hay que creer en la palabra revelada, hacer esto posible depende de la reflexión que los teólogos realizan para aplicarlas a las diferentes realidades de los cristianos. Y es que en la reflexión teológica se pueden tratar muchos temas pero el final del camino siempre será el Plan Salvífico de Dios.

El Magisterio de la Iglesia vela porque la doctrina de la fe se conserve, la Teología explora las verdades de la revelación para que ese mensaje llegue sin errores a todos los fieles, actividad que es propia de los creyentes que tratan de comprender más profundamente la Palabra de Dios y de exponerla de manera ordenada y sistemática sobre la base de la Sagrada Escritura, la Tradición de la Iglesia y la razón humana iluminada por la fe (Morales, 1997, pág. 21).

Aunque es una actividad de hombres y mujeres concretas y creyentes, La teología no es una empresa meramente individual. La Iglesia es la encargada de articular esta reflexión de la Palabra de Dios para profundizar mejor su propia fe. Por estas razones, la Teología se hace a partir de la propia vida de la Iglesia, de los hombres y las mujeres que la conforman.

Como se ha visto, el Magisterio de la Iglesia y la Teología poseen una raíz en común, la revelación, y ambas sirven al mismo fin, enseñar y defender el depósito de la fe (Morales, 1997, pág. 115). Es gracias a la Teología que la Iglesia expone los misterios revelados a la humanidad de todos los tiempos. José Morales, en su trabajo Introducción a la Teología trae a colación una indicación de Yves Marie-Joseph Congar con respecto al trabajo de los teólogos. Congar decía que: “gracias a la teología el ser humano se esfuerza mediante la reflexión de las verdades de fe a comprender lo que el creyente cree” (Morales, 1997, pág. 33). Desde esta perspectiva José Morales concibe a la teología como una misión profética, en el que el teólogo cumple con una doble función: investigar y profundizar en la verdad revelada en las Sagradas Escrituras y, con la docencia que de ello deviene, desee dar a conocer a los fieles aquello en lo que ha profundizado, Al mismo tiempo el teólogo no debe olvidar que él es un creyente más que escucha la verdad de la revelación que se la confiando a la Iglesia.

Si bien el Magisterio de la Iglesia transmite y testimonia la doctrina recibida de los Apóstoles, también es la encargada de anunciar las nuevas respuestas de fe, producto del trabajo investigativo del teólogo, tomando en cuenta que estas nuevas respuestas guarda la debida relación con el depósito de la fe y que concuerden con la doctrina que Jesús enseñó a los Apóstoles. Todo esto con la guía y la orientación del Espíritu Santo, para que luego la Iglesia proponga con autoridad aquellas nuevas respuestas que profundizan las explicaciones de la revelación adecuado a los tiempos presentes.

2.4. La reflexión teológica alimenta la acción misionera y pastoral de la Iglesia.

Con la reflexión teológica se intenta actualizar el mensaje de la revelación, de modo que sea accesible a todos los pueblos. Esta actividad principalmente, consiste en leer la Palabra de Dios contextualizándola en el tiempo.

Prácticamente todo los creyentes, en algún momento, han analizado sus vidas a la luz de la Palabra revelada. En algunos casos, aunque no hayan estudiado teología, sí la han asimilado gracias a la predicación de la Iglesia y la comunican en el entorno social en el que viven. También hay creyentes que, con el anhelo de profundizan más sobre la revelación, llegan a realizar estudios académicos, para luego especializarse en algún tema de interés, a fin de compartir los aprendizajes adquiridos. Todas esas acciones alimentan el accionar misionera de la Iglesia, y este accionar tiene un punto de partida: la fe.

La reflexión teológica es una actividad de la persona creyente que explora cada vez más la verdad insondable de Dios y se ve en la necesidad de comunicar lo que ha aprendido. Como creyente, el teólogo piensa su fe como miembro de una comunidad cristiana, analiza y esclarece las diversas eventualidades por las que ha atravesado la fe de la comunidad cristiana en el acontecer histórico, tomando en cuenta los distintos factores y actores que rodean a la comunidad o sociedad eclesial; lo político, cultural y económico.

Es aquí que la reflexión teológica realiza en la Iglesia, y en comunión con sus pastores, el oficio de actualización de la única verdad revelada, ya que concentra toda su atención en exponer con mayor profundidad y contextualizadamente, el misterio de Dios

revelado en la historia de la humanidad, comenzando por la relación intra-trinitaria desde el origen de la creación hasta la institucionalidad de la Iglesia y la concreción del universo escatológico. La explicación de todo este universo sistemático del misterio de Dios da origen a la reflexión teológica.

Por ello se dice que un teólogo ante todo, es un creyente que ha vivido una experiencia cercana con Dios, sabe y conoce su fe, la puede explicar y dar a entender al Pueblo de Dios. Los teólogos son hombres y mujeres que han tenido como motivación conocer y dar a conocer los misterios insondables de Dios a la humanidad en su pluralidad de culturas y condiciones sociales, sabiendo que las realidades terrenas tienen importancia en la economía de la salvación, ya que representan fines intermedios legítimos en el camino vocacional del ser humano. Por eso el teólogo puede estudiar el significado de las relaciones humanas en relación con la Palabra de Dios, es decir realizar una lectura de las actividades humanas y sus relaciones cotidianas personales, realidades entre los pueblos, el uso de la naturaleza, la relaciones laborales, el uso de la ciencia y la tecnología, la economía, la política, etc., todo ello bajo el discernimiento de la Palabra de Dios (Morales, Introducción a la teología, 1997, pág. 115).¹¹

José Morales manifiesta que el teólogo, por decirlo de alguna manera, desempeña una cierta función mediadora entre el mundo del intelecto de las verdades de fe, la sociedad y la Iglesia, en la que el mismo teólogo forma parte de esta triple relación, fe, razón y sociedad.

Los teólogos no son simples intelectuales; el teólogo piensa su fe con sabiduría, lleno del deseo de dar a conocer o explicar aquello que siente en su interior; al hacer Teología, expresa racionalmente su fe, con la convicción de acercar a otros aquello que él ha experimentado, consciente de que esta labor adopta diferentes formas, tomando en cuenta los tiempos y lugares donde se hable del amor de Dios para con la humanidad.

De esta manera, cuando una persona comenta lo que significa Dios en su vida está realizando una reflexión teológica. El teólogo trata de articular lo que aquí, en el ahora, significa la verdad evangélica y cuál ha de ser el comportamiento cristiano. La articulación de

¹¹ Ídem 55

estas reflexiones permitirá comprender mejor las diversas situaciones de la vida de los fieles cristianos (Morales, *Acta Theologica*, 2005).

Para que esta palabra alcance a todo el mundo también se requiere de la fuerza que los laicos prestan para con esta misión. Con la incorporación de los laicos a la tarea misionera se realiza una forma de predicación que nos compete a todos como tarea cotidiana. Se trata de llevar el Evangelio a las personas con las que cada uno trata, tanto a los más cercanos como a los desconocidos. Es la predicación informal que se puede realizar en medio de una conversación y también es la que realiza un misionero cuando visita un hogar. “Ser discípulo es tener la disposición permanente de llevar a otros el amor de Jesús y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar: en la calle, en la plaza, en el trabajo, en un camino” (EG 127).

Como dice el Papa Benedicto XVI, al Padre nadie lo ha conocido jamás; nuestras imágenes y conceptos de Él se basan en el Dios revelado por Cristo, quien acampó entre nosotros, y por medio del cual recibimos la plenitud de la verdad del Padre. De esta manera, continúa explicando el Papa Benedicto XVI, se cumple la acción profética de Isaías cuando decía sobre la eficacia de la Palabra del Dios: “como la lluvia y la nieve bajan desde el cielo para empapar la tierra y hacerla germinar, así la Palabra de Dios no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo” (Is 55,10s). El ir y venir de las explicaciones o las expresiones verbales de los fieles cristianos alimenta el accionar misionero de la Iglesia (VD. 90).

Cuando los fieles cristianos hablan de Cristo el anuncio del Evangelio se hace realidad, logrando que llegue a todos los pueblos. “Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha revelado” (VD. 91) Es necesario, pues, hacer que los Laicos-Seglares se involucre en el anuncio de la Palabra de Dios, ir reflexionándola que todos necesitamos de la luz de Cristo y que ella ilumine todos los ámbitos de la humanidad: la familia, la escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre y los otros sectores de la vida social. No se trata de anunciar una palabra sólo de consuelo, sino interpretarla, de modo que llame a la conversión, y haga accesible el encuentro con Él, por el cual florece una humanidad nueva.

CAPÍTULO III

3. APOORTE QUE PUEDEN DAR LOS LAICOS-SEGLARES EN LA TEOLOGÍA.

La Iglesia en los documentos de Concilio Vaticano II reconoce que los Laicos-Seglares deben dar su aporte en la acción misionera de la Iglesia en el mundo (LG 33). El Concilio los mira como sujetos activos y responsables de la comunidad eclesial, ya que por su condición de vida ellos están más relacionados con el mundo, logrando que el mensaje evangélico de Cristo pueda llegar a todos los rincones del mundo.

Porque nutridos ellos mismos con la participación activa en la vida litúrgica de su comunidad, cumplen solícitamente su cometido en las obras apostólicas de la misma; conducen hacia la Iglesia a los que quizá andaban alejados; cooperan resueltamente en la comunicación de la palabra de Dios, sobre todo con la instrucción catequética; con la ayuda de su pericia hacen más eficaz el cuidado de las almas e incluso la administración de los bienes de la Iglesia (AA. 10).

Si bien es cierto que la predicación oficial de la Palabra de Dios dentro de la Iglesia es competencia del clero, lo laicos seglares, por su particular vocación, tanto los hombres como las mujeres deben hacer alcanzar esa Palabra a lugares donde el clero no puede llegar. Los laicos y clérigos se mueven en el mundo, pero por sus distintas vocaciones se ocupan de asuntos que a cada uno le corresponde. El Papa Juan Pablo II describe que ese aporte de los fieles laicos reside en el dinamismo que ellos tiene con el mundo: “Ellos son personas que viven la vida normal en el mundo, estudian, trabajan, entablan relaciones de amistad, sociales, profesionales, culturales, etc.” (ChL 15), lo cual implica que su accionar misionero llegue a más gente.

Todo el Pueblo de Dios está llamado a la santidad y para llegar a ella, es fundamental seguir a Cristo, para ello se tiene que estar consciente que el mensaje de Cristo siempre va a tener algún ropaje cultural. El camino para llegar a Cristo es uno solo, la fe, pero a este camino se puede llegar de diferentes maneras: el amor a Dios que proyectan los padres y las madres a sus hijos, el testimonio de vida de un Laico – Seglar, el ejemplo de vida de los santos, etc.

Una de las riquezas del Concilio Vaticano II es que proclamar la armonía de trabajar tanto seglares como clérigos en la misión de la Iglesia (LG 32), tal como se manifestó en la reunión del CELAM en Aparecida, todos somos misioneros y discípulos de Cristo, y en esta labor de la Iglesia se difunde su riqueza carismática, educativa y evangelizadora, en donde se toma conciencia de la cultura de cada uno de los pueblos (DA 99). Un claro ejemplo de ello es el trabajo que viene realizando la Iglesia local de Oceanía, como lo manifiesta *Evangelii Gaudium*. Allí la Iglesia local está trabajando con los cristianos indígenas para asegurar que la fe y la vida de la Iglesia se exprese legítimamente y de forma adecuada a su cultura. “No se puede pretender que los pueblos de todos los continentes, al expresar la fe cristiana, imiten los modos que encontraron los pueblos europeos en un determinado momento de la historia, porque la fe no puede encerrarse dentro de los confines de la comprensión y de la expresión de una cultura. Es indiscutible que una sola cultura no agote el misterio de la redención de Cristo” (EG. 118).

La distinción que el Señor estableció entre los sagrados ministros y el resto del Pueblo de Dios lleva consigo la solidaridad, ya que entre pastores y fieles existe una correlación, todos estamos al servicio de todos, todos rendiremos múltiples testimonios pero en una admirable unión al Cuerpo de Cristo, ya que en esa diversidad de vocaciones es uno solo el servicio y la gracia, la unión con el Hijo de Dios.

La reflexión teológica de los laicos puede dar grandes aportaciones al Magisterio de la Iglesia. Pero esto no es algo nuevo, ya en épocas de los apóstoles se hace referencia a las actitudes de personas particulares que escuchaban la predica de los Apóstoles, vivían y comunicaban lo que ellos habían escuchado (Hch 17, 34; 18,2).

Los fieles laicos, al ocuparse de los asuntos seculares en el ejercicio de sus profesiones y de su propia vocación, tratan de contribuir a que el Reino de Dios se realice en el aquí y el ahora, en las condiciones ordinarias de su vida, en la familia, en la sociedad, en todos los campos: social, económico y político. Allí están llamados por Dios, para que ofrezcan su propio servicio al espíritu evangélico y contribuyan a la santificación del mundo desde dentro, a modo de fermento (LG. 31).

Por consiguiente, los laicos, incluso cuando están ocupados en los cuidados temporales, pueden y deben desplegar una actividad muy valiosa en orden a la evangelización del mundo. Cuando faltan los sagrados ministros o cuando éstos se ven impedidos, pueden los laicos suplir ciertas funciones sagradas, según sus posibilidades (LG 35). Como lo estipula Código de Derecho Canónico, los laicos que se distinguen por su ciencia, prudencia e integridad pueden ayudar como peritos y consejeros a los Pastores de la Iglesia, donde lo aconseje la necesidad de la Iglesia y no haya ministros, pueden también los laicos, ejercitar el ministerio de la palabra, presidir las oraciones litúrgicas, administrar el bautismo y dar la sagrada Comunión, según las prescripciones del derecho (CDC § 230, 3).

Pero ante las cosas que se han expresado en este apartado vale hacerse la pregunta ¿Qué piensan los hombres y las mujeres hoy en día de la Iglesia? ¿Qué criterios fundamentales deben recomendarse para levantar el edificio de la sociedad actual y encaminarla al Reino de Dios? A estas y otras inquietudes puede dar contestación una teología desde la realidad laical, hablando desde un mismo lenguaje, sencillo, cotidiano, fortaleciendo la fe de la comunidad para promover el amor de Cristo a todas las naciones.

Por ello los Laicos – Seglares están llamados a colaborar con el crecimiento y la santificación de la Iglesia con todas sus fuerzas, en un apostolado, que a través de la reflexión de las Sagradas Escrituras, participa de la misma misión salvífica de la Iglesia, a la que todos estamos llamados, compartiendo el encuentro con el amor de Dios, quien lo comunica hacia todos los hombres y mujeres. La misión es el alma de todo apostolado.

3.1. La Familia cristiana: el primer encuentro con la reflexión teológica y la transmisión de la fe.

Es indiscutible la importancia y la centralidad de la familia en la sociedad y en la Iglesia, es en ella donde todo comienza, es el punto de partida del amor, es el lugar donde se aprende y comparte la realidad de la solidaridad y la comprensión del otro. La familia también es el lugar donde se aprende a conocer el amor y la fidelidad del Señor.

Tan importante y valioso es el papel de la familia, que quiso Dios experimentar en la persona de su Hijo los sentimientos que solo se puede vivir en un hogar. Jesús, quien vivió en el seno del hogar de José y María, elevó la dignidad de la familia al punto de constituir la como sacramento de la nueva alianza (cfr. Mateo 19, 3-9). Cabe recalcar que la familia contribuye con la creación cuando llegan los hijos al hogar.

Y es que en la familia se vive y se practica el mensaje evangélico de Cristo, comenzando por la generosidad que mostró Dios al punto de hacerse hombre y encarnarse. Todo esto lo realizó por amor, para que la salvación se haga presente en toda la humanidad. De igual manera, cuando nace una nueva familia, las personas que la conforman hacen, por amor, una renuncia generosa al yo como individuo, para formar el yo realidad de una comunidad. Y al igual que la relación intra-trinitaria, en la familia debe prevalecer el amor y la continua comunicación, que tienen que irse renovando día a día. El fruto de esta unión son los hijos. En este contexto, la realidad de la familia actualiza el amor de Dios en los hombres.

Pero hoy la familia atraviesa por un sinnúmero de peligros, a tal punto que se ha llegado a cuestionar su estabilidad en la sociedad. Quizás el problema más grave es que la familia se ha dejado llevar por factores externos materiales y se ha olvidado de lo primordial: que el amor, al igual que la fe, está depositada en vasijas de barro y hay que cuidarlos para que no se rompan. Lamentablemente, en muchas familias no se vive o no se comprende esta verdad.

Es tarea de toda la comunidad cristiana preocupar el bien de la sociedad familiar y reafirmar que constituye, más que una unidad jurídica, social y económica, una comunidad de

amor y de solidaridad. Es insustituible para la enseñanza y transmisión de los valores culturales, éticos, sociales, espirituales y religiosos, esenciales para el desarrollo y bienestar de los propios miembros y de la sociedad (Catecismo de la Iglesia Católica 511).

La familia cristiana tiene la misión de ser testigo y anunciadores del Evangelio; esto implica un dialogo de la fe en el seno del hogar, los padres para con los hijos, el marido con su esposa. Esta comunicación debe girar en torno a la presencia del amor de Dios en el hogar. De esta manera, la familia va entrando en un ritmo de crecimiento progresivo en la fe, logrando que la comunidad toda reciba el impacto de su fortalecimiento, porque la familia es la célula base de la sociedad y ella misma, ahondando en los concejos de las Sagradas Escrituras, va encontrando las razones para afianzarse, profundizarse y proyectarse.

Todo comienza cuando el padre de familia toma conciencia que debe mostrar la imagen paterna de Dios y la madre la imagen materna de un Dios que es “familia y envía a las familias humanas a ser presencia suya en el mundo” (CT. 68). De por si esto ya es una acción que implica la reflexión de la fe en la realidad del hogar, y tiene el carácter de insustituible ya que cada padre o madre sabe cómo llegar a cada uno de sus hijos. Cuando se analiza la fe desde el amor o el sentimiento de los padres hacia los hijos, esa transmisión queda guardada como una huella imborrable en cada los corazones de su descendencias. No hay transmisión más fuerte que la que pueden dar los seres amados. Pero también es importante que los padres adquieran conocimientos más sólidos de las Sagradas Escrituras para poder proporcionar una buena explicación a los hijos sobre las verdades de la revelación.

Este proceso de transmisión de la fe obviamente contempla un proceso de inter aprendizaje, ya que en él se fortalecen tanto los padres como los hijos. Este proceso debe comenzar desde la más tierna edad de los niños, y en esta labor la pareja va adquiriendo nuevas experiencias que permitirán ayudar a otras personas para lograr un crecimiento colectivo de la fe. La evangelización continuará su crecimiento, al ritmo del crecimiento de la familia, ya sea en la recepción de los sacramentos, la celebración de grandes fiestas litúrgicas, el nacimiento de un hijo o la ocasión de un luto.

Todo ello debe explicarse en familia, de una manera fácil y sencilla, ayudándose de los tiempos litúrgicos, transmitidos en un ambiente familiar impregnado de amor, diálogo y

respeto, para que los hijos puedan asimilar la interacción de la Palabra de Dios en la vida cotidiana, imprimiendo en sus corazones una huella de manera decisiva y para toda la vida. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece toda forma de catequesis, es el único lugar donde los niños y los jóvenes pueden recibir una auténtica catequesis.

Recogiendo las palabras del Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica *Catechesis Tradendae*: “El don más precioso que la Iglesia puede ofrecer al mundo de hoy, es el formar unos cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe” (CT 61), debe “apropiarse” y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo”.

La reflexión de la fe en familia precede, acompaña y enriquece toda forma de enseñanza religiosa. Se podría decir que es el ambiente más adecuado para que los niños y los jóvenes puedan recibir una auténtica formación cristiana. Ello también implica que los padres cristianos se preparen para esta labor, ellos no serán los únicos educadores de sus hijos, pero será el esfuerzo que pongan ellos lo que marque la diferencia en su crecimiento cristiano. Corresponde esta tarea también a toda institución u organización eclesial ya que la Iglesia es una gran familia, la misma que debe tener como exigencia la acción más amplia de comunicar y educar en la fe.

3.2. Participación de los Laicos – Seglares en la catequesis como lugar de encuentro de la reflexión teológica

El don más precioso que la Iglesia puede ofrecer al mundo de hoy es el formar cristianos firmes en su fe y que quieran comprometerse y comprender de mejor manera el cristianismo. Quizás el apostolado seglar que implica una profundización de la razón de ser de nuestra fe es la catequesis, y la más desempeñada por los laicos en las parroquias eclesiales. De ello depende la formación de las futuras generaciones de cristianos.

La catequesis ha sido siempre considerada por la Iglesia como una de sus tareas primordiales, y es el método más antiguo para enseñar la Palabra de Dios. Es la actividad más constantemente necesaria en la Iglesia, porque no se limita a una determinada etapa de la vida

del fiel cristiano, está en toda las etapas su vida, desde que nace hasta el encuentro con el Padre celestial.

Por medio de la catequesis la Iglesia quiere difundir viva y activamente la Palabra de Dios. La catequesis no solo es un proceso de educación formal de la Iglesia. No se trata solamente de dar a conocer la Palabra, la catequesis la presenta como “la luz viva que ayuda a ver la vida y se manifiesta en forma activa porque compromete e integra la misma vida con una mentalidad nueva” (Que es catequizar, s.f.).

La catequesis no se limita a ser un curso por que cual el fiel cristiano se prepara para un recibir un sacramento, se trata de ahondar en el mensaje de la salvación, es conocer de una forma más personal a Jesús de Nazaret, indagar en el misterio de la revelación en toda su dimensión: “...comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la largura, la altura y la profundidad de la caridad de Cristo, que supera toda ciencia...” (CT. 5).

Para poder tener un encuentro real de Cristo en la Catequesis es necesario que el grupo que vaya a asistir tenga por lo menos un primer anuncio evangelizador. Esta tarea la realizan los padres. Como ya se lo trato en el apartado anterior, es de gran importancia que la familia transmita de la fe, ya que es el lugar donde comienzan todas las vocaciones de la Iglesia y el punto de partida para todas las prácticas catequéticas futuras.

Es verdad que se puede catequizar en todas partes, aunque se dé un mayor realce a la catequesis en la comunidad parroquial. Pero la catequesis también se extiende a todo lugar donde se requiere una formación espiritual cristiana. Es común que en toda comunidad parroquial, los fines de semana se dediquen tiempo para la formación espiritual. Todo esto con el motivo de generar una pertenencia más directa a la Iglesia y así promover compromisos en la sociedad vividos en el espíritu del Evangelio.

La Iglesia es el punto de partida de toda misión, es el lugar donde la catequesis se hace presente, es decir, el lugar donde se comunica la verdad revelada por parte de Dios. Pero la catequesis no se queda confinada en la Iglesia, ella sale y comunica la buena nueva a todos los confines del mundo, es la misión que Cristo dio a los apóstoles.

Así como los pastores de la Iglesia tienen la tarea de comunicar el mensaje de la salvación en la Iglesia, los laicos seglares tienen la tarea de llevar este mensaje a todas las personas. Es en esta tarea que los Laicos – Seglares han realizado una fuerte contribución a la Iglesia, y es que la catequesis comunicada por los laicos tiene la característica de comunicar el mensaje de la salvación con palabras sencillas.

Para lograr que los laicos seglares puedan desempeñar su función de catequistas, es necesario que ellos cuenten con una formación teológica acorde a sus diferentes costumbres y culturas, pensamientos y educación. Este servicio que realizan también será dirigido para su propio crecimiento espiritual. Manifiesta el Papa Francisco que ser catequista implica ser también un anunciador del kerigma, y por tanto debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora. “En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte” (EG 164).

La catequesis por parte de los Laicos - Seglares incentiva la creatividad pastoral laical, gracias a la cual se han creado muchos movimientos y organizaciones. Todo comienza con la necesidad de llevar las emociones y sensaciones que han experimentado en la catequesis y compartir esa alegría a otras personas. La creación de nuevos movimientos laicales ayuda a que el mensaje de Cristo se siga propagando.

3.3. La Pastoral laical en la estructura de la Iglesia y en las estructuras del mundo.

Como ya se mencionó anteriormente, el Concilio Vaticano II ha dado un nuevo impulso a la labor de los laicos en la Iglesia. La Constitución Dogmática “Lumen Gentium” dedica todo un apartado sobre quién es el Laico – Seglar y cuál es su rol en la Iglesia, el decreto Apostolicam Actousitatem habla sobre el compromiso que deben tener los Laicos – Seglares en su misión dentro de la Iglesia; aquí subraya la labor de los laicos, no solo en el apostolado individual, sino congregados en la “acción católica”, que es vista por el Concilio Vaticano II como una labor de apostolado, donde los laicos unidos a la autoridad de la Iglesia participan en la labor de anunciar la Palabra de Dios en el interior del mundo. Afirmar que

todo cristiano está llamado al apostolado, es certificar que todos los laicos están llamados a comprometerse personalmente en el testimonio de la fe.

En las últimas décadas, varias asociaciones laicales y movimientos apostólicos han desarrollado un fuerte protagonismo, entre los que más destacan esta: Lazos de Amor Mariano, el Movimiento Catecumenal, El movimiento de vida cristiana. El movimiento Juan XXIII, Cursillistas de Cristiandad, por nombrar la más reconocidas. Por ello, “un adecuado discernimiento, animación, coordinación y conducción pastoral, sobre todo de parte de los sucesores de los Apóstoles, contribuirá a ordenar este don para la edificación de la única Iglesia” (DA 214).

Esta actividad laical se ha caracterizado por una particular variedad; ha visto nacer y difundirse múltiples formas de asociaciones, grupos, comunidades, movimientos eclesiales laicales. Esto marca el inicio de una nueva época en la Iglesia, que tiene a los fieles laicos como sus protagonistas.

Estas asociaciones se presentan a menudo muy diferentes: en su configuración externa, en los caminos y métodos educativos y en los campos operativos. Sin embargo, se puede encontrar una profunda correlación en la finalidad que las anima: la de participar responsablemente en la misión que tiene la Iglesia de llevar a todos el Evangelio de Cristo.

Es verdad que los movimientos deben mantener su especificidad, pero dentro de una profunda unidad con la Iglesia particular, no sólo de fe sino de acción. Mientras más se multiplique la riqueza de los carismas, más se enriquece la Iglesia en la acción de anunciar a Cristo en todo el mundo.

Pero ello demanda que los Ordinarios de lugar ejerzan el discernimiento pastoral para favorecer la necesaria integración de los diferentes movimientos en la vida diocesana, apreciando la riqueza de su experiencia comunitaria, formativa y misionera; de igual manera tienen que vigilar para que se respeten la doctrina y el orden de la Iglesia.

Es tan beneficioso el apostolado de los laicos seglares en la Iglesia, que se ha dado el caso de que la misma autoridad de la Iglesia recomienda a ciertas asociaciones de fieles, para

que ayuden o apoyen la labor misionera, y en algún caso asuman una responsabilidad especial. Así, el Ordinario del Lugar, ordenando el apostolado de diversas maneras, según las circunstancias, asocia más estrechamente alguna de sus formas a su propia misión apostólica, conservando, no obstante, la propia naturaleza y peculiaridad de cada una, sin privar por eso a los laicos de su necesaria facultad de obrar espontáneamente. Este acto del Obispo en varios documentos eclesiásticos se llama mandato¹² (AA 24).

Como lo estipula el Código de Derecho Canónico, los Laicos – Seglares en comunión con la autoridad de la Iglesia pueden formar asociaciones que busquen fomentar una vida más perfecta, promover el culto público, la doctrina cristiana, realizar actividades de apostolado y animar con espíritu cristiano el orden temporal. Es decir que los laicos tienen derecho a constituir asociaciones privadas, algunas de las cuales pueden ser recomendadas por la autoridad eclesiástica como “acción católica”. Estas asociaciones solo pueden llevar oficialmente el nombre de “católicas”, si han sido debidamente reconocidos por la autoridad de la Iglesia (CDC 291).

Lo que persiguen estas asociaciones de fieles es fomentar una vida más perfecta, promover el culto público, o la doctrina cristiana, o realizar otras obras de apostolado en relación a las iniciativas evangélicas, colaborar con el ejercicio de las obras de piedad o de caridad y la animación con el espíritu cristiano del orden temporal (CDC 298).

Los fieles laicos han de tener en gran estima las asociaciones que se constituyan para los fines espirituales enumerados en el can. 298, sobre todo si aquellas tratan de informar de espíritu cristiano el orden temporal y fomentan así una más íntima unión entre la fe y la vida” (CIC 327). Deben “cuidar que su asociación colabore con las otras asociaciones de fieles, y que presten de buen grado ayuda a las distintas obras cristianas, sobre todo las que existen en el mismo territorio” (CIC 328).

¹² Sobre la constitución de las asociaciones públicas de los fieles y el mando de la autoridad de la Iglesia para erigirlas como tal, el canon 313 del Código de Derecho Canónico dice lo siguiente: Una asociación pública, e igualmente una confederación de asociaciones públicas, queda constituida en persona jurídica en virtud del mismo decreto por el que la erige la autoridad eclesiástica competente conforme a la norma del canon 312, y recibe así la misión en la medida en que lo necesite, para los fines que se propone alcanzar en nombre de la Iglesia.

El asociarse de los fieles laicos por razones espirituales y apostólicas nace de diversas fuentes y responde a variadas exigencias y su logro más fuerte es llevar al evangelio de Cristo a otras personas de su mismo grupo cultural, es decir llevan el mensaje de la forma como ellos lo comprendieron. De esta manera a los fieles laicos se les presentan innumerables ocasiones para el ejercicio del apostolado de la evangelización (AA. 6). Ellos llevan el testimonio de la vida cristiana a lugares que solo ellos pueden llegar, por ejemplo en la oficina, e incluso en los medios de transporte, etc. Todo esto con un lenguaje popular, para atraer a los hombres hacia la fe y hacia Dios. Llevar la Palabra de Dios a estos lugares implica armonizar el mensaje de la salvación en el contexto que ellos viven. Disciernen las verdades reveladas desde sus propias realidades, reflexionan sobre su experiencia de la puesta en práctica de sus vidas iluminadas por las Sagradas Escrituras. Como dice el Señor: "Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt., 5,16).

Esta acción en la que el Laico – Seglar lleva la Palabra de Dios en donde vive y se desenvuelve es lo que se comprende como orden temporal. Es decir que los bienes de la vida del laico, sea esta su familia, la cultura, la economía, las artes y profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales deben ser discernidas con el Evangelio.

Sobre el apostolado de los Laicos –Seglares en el orden temporal, el decreto Apostolicam Actuositatem expresa lo siguiente:

Todos los laicos tomen como obligación suya la restauración del orden temporal, y que, conducidos por la luz del Evangelio y por la mente de la Iglesia, y movidos por la caridad cristiana, obren directamente y en forma concreta en dicho orden; que cooperen unos ciudadanos con otros, con sus conocimientos especiales y su responsabilidad propia; y que busquen en todas partes y en todo la justicia del reino de Dios (AA 7).

Estas actividades que realizan los fieles cristianos desde los diversos movimientos o agrupaciones laicales, han logrado que se acorten las distancias entre la Iglesia y el mundo que debe ser evangelizado; en efecto, ha hecho posible que se involucren los medios de comunicación en la predicación de la Palabra de Dios acortando distancias entre la Iglesia y el

mundo; además, aprovechando la tecnología de la informática existen laicos que han abierto blogs en el internet, convirtiéndose en nuevas áreas de evangelización.

Esta labor de los laicos en el apostolado de llevar la Palabra a lugares de difícil acceso a hecho posibles que también se expandan la ayuda comunitaria a los más necesitados, como es el ejercicio de llevar la caridad, la esperanza, y la fe a lugares que se ven afligidos por las calamidades o por la falta de salud, cuidando no solo de consolarlos, sino, de prestarle el consuelo que solo es posible con la palabra del Cristo.

3.4. Los laicos-seglares están llamados, desde sus familias y respectivas actividades profesionales, a contribuir al dinamismo de la reflexión teológica.

Hasta el momento se ha tratado cómo los laicos seglares aportan a la iglesia desde su estructura interna, pero ellos también pueden contribuir al dinamismo de la reflexión teología en otras realidades donde viven.

Si bien es cierto que ya se habló sobre la función educadora de la familia, pero de ella pueden salir nuevas luces para ayudar al crecimiento de la pastoral familiar, en las diversas realidades donde ella vive.

Hay un dicho popular que dice “Solo la cuchara sabe lo que hay en el fondo de la olla”. El mundo del matrimonio es un lugar al que los sacerdotes tienen acceso por la confesión de las parejas, por la dirección espiritual y la confesión de las parejas. Pero es un ambiente que no lo experimenta en primera persona, es decir lo que acontece en su interior. Hay muchos textos eclesiales que tratan el tema de la sexualidad y todos concluyen que el acto sexual es un don que Dios ha conferido a la pareja para que experimente los más sublimes de amor que es el entregarse el uno al otro.

Obviamente esa conclusión es acertada, pero solo se la aprecia profundamente en el encuentro de la pareja. Un texto bíblico que hace referencia a lo que experimenta la pareja está en el libro de Tobías:

“La noche de la su boda, Tobías dijo a Sara:

-Somos descendientes de un pueblo santo, y no podemos unirnos como los paganos que no conocen a Dios.

Se levantaron los dos y, juntos, se pusieron a orar con fervor.

Pidieron a Dios su protección.

Tobías dijo:

-Señor, Dios de nuestros padres, que te bendigan el cielo y la tierra, el mar, la fuentes, los ríos y todas las criaturas que en ellos se encuentran. Tú hiciste a Adán del barro de la tierra y le diste a Eva como ayuda. Ahora, Señor, tú lo sabes: si yo me caso con esta hija de Israel, no es para satisfacer mis pasiones, sino solamente para fundar una familia en la que se bendiga tu nombre por siempre.

Y Sara, a su vez, dijo:

-Ten compasión de nosotros, Señor, ten compasión, Que los dos juntos vivamos felices hasta nuestra vejez” (Tob 8, 5-10).¹³

Este texto bíblico junto con lo que experimenta la pareja puede ser de mucha ayuda a futuras parejas que acudirán al sacramento de matrimonio, ya que invita a interiorizar a la pareja que ambos que son hijo de Dios y como tal cuenta con la capacidad de captar su revelación gracias a su conciencia, por la cual disciernen libremente la voluntad de unirse como pareja, la dimensión del acto sexual conlleva a una realización plena de la pareja, no solo es el gozo de la satisfacción corporal, es el complementarse como hombre y mujer, es la descripción que en matrimonio todas las acciones tiene que hacerse en conjunto para la realización plena de sus vidas.

En muchos ambientes, en la actualidad, el acto sexual ha quedado reducido al acto biológico de unión de dos seres humanos, y estas es una de las razones por la que sociedad matrimonial ha caído en decadencia. Este encuentro del hombre y la mujer que reflejan su

¹³ Este texto bíblico ha sido tomado de la celebración del sacramento del matrimonio que utiliza la traducida de la Vulgata.

desnudez expresa la completa aceptación de cómo son ellos verdaderamente, imagen y voluntad de Dios. Esta imagen se distorsiona cuando el acto sexual se lo realiza solo por un acto de placer, la que muchas de las veces es individualista sin importar lo que siente la otra persona. El acto sexual tiene que ser un consentimiento de la pareja, como todas decisiones que ellos deben tomar: el cuidado de los hijos, velar por la economía de la casa, plantearse un proyecto de vida.

Hacer una reflexión teológica de la vida sexual de la pareja fortalecería al matrimonio en su relación personal. Es por ello, que actualmente, la catequesis pre-matrimonial es realizada por parejas que son testimonio de vida al interior de la comunidad parroquial, ya que ellos pueden transmitir sus experiencias y compartir con las futuras parejas los acontecimientos que se pueden desarrollar en la relación matrimonial.

Algo que no enseña el noviazgo y solo se lo vive en el matrimonio es que cuando el hombre y la mujer aceptan compartir sus vidas por siempre, recién entonces comenzarán a descubrirse como pareja. Esto se dará progresivamente, a medida que surjan los diferentes escenarios de la vida conyugal. Es aquí cuando se da la aceptación de uno al otro como pareja, de ello dependerá para consolidar la familia. En el compartir como pareja, el hombre y la mujer, aprenderán el don de darse.

Otro campo del mundo familiar, el cual también tiene que ser compartido con las parejas que acuden al sacramento del matrimonio, y que beneficiaría a la reflexión teológica, es el cuidado de los hijos. Como se ya se trató, el matrimonio tiene la responsabilidad de educar a los hijos en fe, de ellos dependerá que el mensaje de Cristo se viva en familia. Pero además de la responsabilidad de los hijos también está el cuidado del hogar, la economía de la familia.

Esta economía familiar está relaciona con dos temáticas: a) Cuidar que la familia se mantenga fiel a la Palabra de Dios, lo cual implica que la pareja mire a sus hijos como Dios nos mira, velen por ellos y den todo de sí para que sus hijos se mantengan sanos y fieles a la Palabra de Dios. B) La economía familiar también implica responsabilidades de la pareja en la administración del hogar. Muy importante es la tarea de delegar funciones y responsabilidad a cada uno de sus integrantes, es el compartir sus tareas por igual; de esta manera transmitirá a

sus hijos valores que son aprendidos en la práctica del servicio a los demás, además que estarán afianzando el vínculo familiar.

Otro campo que puede ser de mucha ayuda a la reflexión teología actual es la inserción del mundo profesional a la pastoral eclesial. Cuando una persona realiza cualquier actividad la está haciendo dentro de la creación. Cualquier labor que realice ha tenido primeramente un llamado, algunos son llamados para ser pastores de la Iglesia, otros para desempeñar algún oficio dentro de la creación, pero en definitiva todos están llamados a realizar su servicio en favor del anuncio del evangelio.

Desde este punto de vista, todos colaboramos con la creación, por lo que hay que unir la relación del mundo laboral con la actividad misionera de la Iglesia. A veces no es necesario que el laico salga a ser misionero en algún lugar remoto de la tierra para llevar el mensaje de la salvación, lo puede hacer en su lugar de trabajo, pero además puede compartir sus conocimientos con miembros de la Iglesia.

Hoy más que nunca es necesario hacer una lectura de la Palabra de Dios y llevarla al mundo de los laicos. Esta labor intensificaría la reflexión teológica, unir el accionar profesional de los laicos seglares y la actividad de la Iglesia.

No hay que olvidar que tanto mundo profesional, como la Iglesia forman parte de una misma sociedad, y que los conocimientos científicos pueden ayudar a que la Iglesia aplique de mejor manera el mensaje evangélico a las diversas realidades.

La misma reflexión de la Iglesia sobre el ámbito laboral, se podría enriquecer si esta reflexión la realiza con la ayuda de profesionales que estén inmersos en la realidad social. Esta contextualización del mensaje cristiano será muy valiosa para ayudar a la propagación del mensaje evangélico a todo el mundo. Por ejemplo hay profesores laicos que aportan sus conocimientos y experiencias como catedráticos en el servicio de catequesis y al mismo tiempo ellos están instruyéndose en el servicio de la evangelización, ya que implica una acción de encuentro con la Palabra de Dios para preparar la catequesis que tienen que dar. Hay ingenieros que aportan con la construcción de Iglesias parroquiales, tomando en cuenta el ambiente, la disposición y ubicación del templo, logrando que todos los elementos

litúrgicos se asocien entre sí, de modo que el servicio de la Palabra de Dios se realice una manera integradora. Médicos que aportan con sus conocimientos a labor social de la Iglesia, etc. Todo cuanto existe en la tierra es obra de Dios, incluso el trabajo de los hombres, que está a disposición del servicio de la Palabra de Dios, comunicando el Evangelio, por medio de su testimonio de vida a todo el mundo.

CONCLUSIÓN

En la actualidad, la reflexión teológica es una acción no solamente del clero, hoy en día los Laicos – Seglares participan de esta acción, se están formando y capacitando para llevar la Palabra de Dios a los lugares donde ellos interactúan, de esta manera están compartiendo en la Iglesia su misión de apostolado: con su trabajo y la vinculación de la Palabra de Dios con la sociedad.

Solamente la luz de la fe y la meditación de la palabra divina, hace que los seglares sean capaces de expresar realmente en sus vidas la corresponsabilidad de la misión de la Iglesia, de esta manera los Laicos-Seglares contribuyen a la reflexión teológica desde su experiencia cotidiana a la luz de la Palabra de Dios.

Esta es una labor de colaboración con los integrantes de una comunidad, sea esa eclesial, familiar o laboral, y está aportando inmensamente al quehacer teológico, ya sea que sea que esta actividad se la realice en la catequesis parroquial o reunidos en una casa, lo fundamental de estas prácticas es que se está reflexionando sobre la Palabra de Dios, y se está aportando con conocimiento en aquellas funciones que los laicos tienen experiencia. Esto supone asumir, aceptar y coordinar acciones en el trabajo pastoral, aportando para que el mensaje divino de salvación llegue por medio del ejercicio de las tareas seculares (cf. CIC 225 § 1, 2). Ejemplo de trabajo de coordinación entre clero y laicos podría ser organizar una pastoral familiar con el aporte de psicólogos que trabajan en este campo, la ayuda que podrían dar docentes en la catequesis parroquial, etc. Estas son tareas que no son lejanas a la realidad, pues en algunas Iglesias parroquiales ya se realizan estas colaboraciones.

Los Laicos – Seglares conforman el mayor porcentaje del Pueblo de Dios y tienen como campo de misión todo el ámbito de las realidades temporales. Su vocación específica es estar en el corazón del mundo impregnando sus tareas temporales de los valores evangélicos (EN 70). Mientras más laicos estén identificados con el Evangelio, lo estudien, lo

escudriñen, indaguen y profundicen en los misterios de las verdades reveladas, estarán vivificando la Palabra de Dios, porque no solo se trata de adquirir conocimientos, ya que se puede conocer la Palabra sin creer en ella ni dejarse orientar por ella. El Laico – Seglar tiene que ser un convencido de la acción salvífica de Dios, de modo que no solo conozca la revelación, sino procure vivirla y hacerla suya, ser un enamorado de la Palabra para que se encarne en la vida del laico, hacerse responsable y conscientes de dar testimonio cristiano para la edificación del Reino de Dios.

El Laico-Seglar al estar incorporados a Cristo mediante el bautismo “tiene que actuar a manera de fermento en la masa para colaborar en la construcción terrenal de la Iglesia celestial conforme con el proyecto de Dios” (A 505). “Su misión propia se realiza en el mundo, pues con su testimonio y su actividad contribuye a la transformación de las realidades y a la creación de estructuras justas según los criterios del Evangelio” (A 210).

No se trata sólo de comportarse bien, sino desarrollar un compromiso creativo. En este sentido se hace un llamado a la responsabilidad de los laicos, para que estén presentes en la vida pública, y más en concreto en la formación de los consensos necesarios y en la lucha contra las injusticias. (DA 508).

Antes, el laicado obraba como brazo secular, colaborando en la evangelización al interno de la Iglesia, con el criterio de la obediencia. Ahora, con el criterio de la profecía y el discernimiento, se proyecta hacia el mundo para realizar la inserción de la Iglesia en él. Mediante su participación profética, interpreta y difunde el mensaje evangélico, edifica la comunidad cristiana, como lo hacían los laicos fundadores de la Iglesia Antioquía (Hch. 11,19-26).

Con la presencia del Hijo de Dios en el mundo, la Palabra de Dios se encarna en las realidades temporales. En estas realidades tanto clérigos como laicos atienden los asuntos a ellos encomendados. Cuando ambos unen sus fuerzas la acción pastoral de la Iglesia se beneficia, gracias a las cualidades humanas y cristianas propias de estos apóstoles militantes y comprometidos.

El compromiso temporal del laico cristiano ha de ser libre y personal y debe brotar de la confrontación de la vida con el Evangelio. La acción apostólica de los laicos se inspira en el único plan de Dios sobre el mundo y la Iglesia, que, aunque son dos realidades distintas, sin embargo ambas pertenecen al mismo proyecto de salvación, donde Cristo alcanza a toda la historia (cf. GS cap. III).

La madurez humana se manifiesta por una estabilidad de espíritu, por la capacidad de tomar prudentes decisiones y la rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimientos.

Se requieren además ciertas cualidades organizativas, como el uso permanente del diálogo entre los laicos y los clérigos, tomar con interés las actividades apostólicas en cuanto son las mismas de la vida humana, pero inspiradas en el Evangelio.

También a los laicos puede aplicarse el lema de los monjes benedictinos, “ora et labora” (ora y trabaja). Todo cuanto existe en este mundo es obra de Dios y, en este sentido, el campo de acción de los laicos seculares desde sus respectivas profesiones, implica una colaboración con la obra de Dios, de modo que el mundo refleje mejor el amor de Dios y se fortalezca la misión de la Iglesia de llegar con el mensaje de Cristo a todos los rincones de la tierra.

Abreviaturas

- AA:** Apostolicam Actuositatem
CDC: Código de Derecho Canónico
ChL: Christideles Laici
CT: Catechesis Tradendae
CTC: Catesismo de la Iglesia Católica
DA: Documento de Aparecida
DD: Deis Domini
EN: Evangelii Nuntiandi
EG: Evangelii Gaudium
LG: Lumen Gentium
GS: Gaudium Et Spes

BIBLIOGRAFÍA

Documentos Magistrales

Benedicto XVI. (2010). Verbum Domini. Roma: Libreria Editrice Vaticana. Obtenido de http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/apost_exhortations/documents/hf_ben-xvi_exh_20100930_verbum-domini.html

Catecismo de la Iglesia Católica. (s.f.). Obtenido de La Santa Sede: http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html

Catechesi Tradendae (16 de octubre de 1979) Obtenido de La Santa Sede: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_16101979_catechesi-tradendae.html

Código de Derecho Canónico. (s.f.). Obtenido de La Santa Sede: http://www.vatican.va/archive/ESL0020/_INDEX.HTM

Comisión Teológica Internacional. (2012). La teología hoy: perspectivas, principios y criterios. Obtenido de La Santa Sede: http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/cti_documents/rc_cti_doc_20111129_teologia-oggi_sp.html#CONCLUSIÓN, Comisión Teológica Internacional, La Teología Hoy, Perspectivas, Principio, Criterios,

Concilio Vaticano II. (1965). Apostolicam Actuositatem. Obtenido de La Santa Sede: http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19651118_apostolicam-actuositatem_sp.html

Concilio Vaticano II. (1965). Gaudium Et Spes. Roma. Obtenido de La Santa Sede: http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

Concilio Vaticano II. (1964). Lumen Gentium. Roma. Obtenido de La Santa Sede: http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html

- Conferencia Episcopal Latinoamericana y del Caribe. (2007). Documento de Aparecida. Obtenida de: http://www.celam.org/conferencia_aparecida.php
- Francisco. (2013). *Evangelii Gaudium*. Roma: Libreria Editrice Vaticana. Obtenido de La Santa Sede: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Juan Pablo II. (1988). *Christifideles Laicis*. Roma: Libreria Editrice Vaticana. Obtenido de La Santa Sede: http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_30121988_christifideles-laici.html
- Pablo VI. (1975). *Evangelii Nuntiandi*. Roma: Libreria Editrice Vaticana. Obtenido de La Santa Sede: http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19751208_evangelii-nuntiandi.html

Documentos Ordinarios

- Baraúna, G. (1965). *La Iglesia del Vaticano II (Vol. II)*. Barcelona: Juan Flors.
- Borobio, D. (2001). *Misión y ministerios laicales*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- CELAM. (1995). *Manual de formación del laicado*. Bogotá: Kimpres Ltda.
- Clemente Romano. (s.f.). *Epístola a los Corintios*. Obtenido de Mercaba: http://www.mercaba.org/TESORO/clemente_de_roma.htm
- Congar, Y. (1963). *Jalones para una teología del laicado*. Barcelona: Estela.
- de la Potterie, I. (1967). *La vida en el Espíritu*. Salamanca: Sígueme.
- Diccionario Etimológico. (s.f.). *etimologia.dechile.net*. Obtenido de <http://etimologias.dechile.net/?secular>
- Espejo, J. (1993). *Iglesia en Camino*. Madrid: San Pablo.
- Estrada, J. A. (2006). *El cristianismo en una sociedad laica, cuarenta años después del Concilio Vaticano II*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Hervada, J. (1973). *Tres estudios sobre el uso del término laico*. Pamplona: EUNSA.
- Laico, laicidad y laicismo. (2004). *Humanitas*. Obtenido de http://www.humanitas.cl/html/revista/hum34_2004.html
- Latourelle, R. (1982). *Teología de la revelación*. Salamanca: Sígueme.
- Morales, J. (1997). *Introducción a la teología*. Pamplona: EUNSA.

Morales, J. (2005). *Actha Theologica*. Pamplona: EUNSA.

Núñez Villacis, L. B. (1995). *Los laicos: Signo de unidad de mundo y la Iglesia*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Ochoa Martínez de Soria, J. (s.f.). *Laicos-Seglares*. Obtenido de Mercabá:
http://mercaba.org/Catequetica/L/laicos_seglares.htm

Pellitero, R. (1996). *La teología del laicado en las obras de Yves Congar*. Pamplona: Navara Gráficas Ediciones.

Sanchez Gómez, A. E. (1991). *Los fines de la misión de la Iglesia en el decreto Apostolicam Actuositatem*. Roma: Totaliter edita.

¿Qué es Catequizar? (s.f.) Obtenido de Mercabá:
http://www.mercaba.org/FICHAS/Catequesis/que_es_catequizar.htm